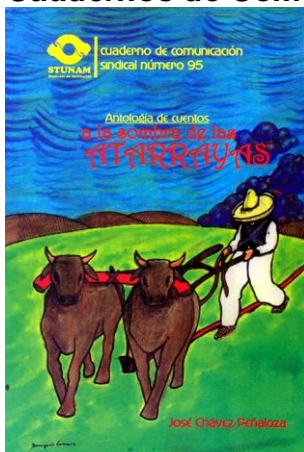


Cuadernos de Comunicación Sindical No. 95



ANTOLOGÍA

A la sombra de las Atarrayas

José Chávez Peñaloza

JOSÉ CHÁVEZ PEÑALOZA

El autor quien es Originario de Guayameo, Municipio de Zirándaro de los Chávez y Región de la Tierra Caliente en el Estado de Guerrero, trabajador de la UNAM y afiliado al STUNAM, se ha distinguido por su vocación sindicalista, por su lucha en favor de sus compañeros y del sindicato en general y esto se ha manifestado en su trabajo como delegado sindical en la FEZ Zaragoza, campo 2 y en los diversos cargos que dentro de la estructura sindical le ha tocado desarrollar en los 26 años que tiene como trabajador. No nos extrañe por tanto, asociarle siempre al lado del Derecho Mexicano y la justicia social, alternando con discernimiento y estilo muy suyo en las Asambleas Sindicales, Audiencias de Investigación Administrativa y Mesas de Trabajo, luchando siempre con artículo de fe, por hacer valer el Precepto Contractual.

Quienes conocemos a Pepe Chávez, sabemos de sus dos grandes amores, su tierra y cultivar la tierra. En las pláticas con él, hemos escuchado los relatos de su terruño, sus recuerdos y sus descripciones, su pasión y transformación al hablar de aquellas tierras, al igual lo hemos visto en esta jungla de asfalto cuidar con una gran necesidad los árboles, plantas y área verde de la unidad habitacional donde vive, esto a pesar de que como sucede en estos lugares lo hacía generalmente solo y pocas veces lo pudimos acompañar.

En esta primera entrega de su trabajo queda de manifiesto esta preocupación por su tierra querida, Pueblos Calentanos y de Nación Campesina.

Alfonso Velázquez M.

Pueblos Calentanos y de Nación Campesina

Antes de iniciar el presente esbozo en relación a los habitantes de mi tierra, con toda atención he de solicitarle un poco de su tiempo, si usted lo permite espero alcanzar en este esfuerzo, la cordura y la congruencia, a fin de que pueda contar con su venia, he de comentarle que el objetivo primero es aportar algunos elementos que contribuyan a conocer la vida de los pueblos de México, al pensamiento e idiosincrasia de sus habitantes, a partir de un trabajo realizado en el pasado por aquellos que fueron acaso los personajes que se desempeñaron en la escena motivada por la vieja raza, los que con experiencia extrema lograron transmitir lo aprendido en ella, y en atención a las generaciones aquellas, éstas contribuyendo con aquello a la

evolución de los pueblos, a su historia y geografía, su lengua y sus costumbres, al esfuerzo de todos y que no tuvo precedente, en nuestro territorio de nación campesina, a su labor poco conocida pero que permitió la adecuada consolidación nacional, en aquellos tiempos en que el entorno geográfico nacional era sólo un concepto abstracto y cuya forma sólo algunos conocían.

Los pueblos que ocuparon esta tierra de suelos castaños, aunque distintos entre sí en el lenguaje y en parte aún en las costumbres, eran ciertamente de un mismo carácter; sus cualidades físicas y morales, su índole y conducta eran las mismas. Algunos historiadores así antiguos como modernos pudieron haber emprendido hacer retrato de esta nación, pero a la fecha no he encontrado ni uno solo que en todo sea exacto y fiel, por otra parte, no hallo cosa alguna que haga inclinarme sobre un juicio, ni el afecto y admiración que siento por mi nación o el celo por el honor de mis connacionales, es capaz de empeñarme en acosarlos, y así llanamente diré lo que he reconocido de ellos.

Las almas de los habitantes de mi tierra, sensibles a las pasiones, son como todas, pero éstas no obran sobre ellos con aquel furor; no se ven ordinariamente señales de cólera, ni el frenesí del amor, que son frecuentes en otras naciones. Su aspecto ni alegra ni ofende, pero entre las mujeres de mi nación campesina se encuentran muchas morenas y blancas y muy hermosas, cuya belleza se hace más duradera y amable por la dulzura de su habla, por la afabilidad de sus modales y por la natural modestia de sus semblantes.

En los pueblos de mi nación campesina, se manifiesta como frase común y popular que: "los nativos de esta tierra ni sienten agravios ni agradecen beneficios", son naturalmente serios, taciturnos y severos, y se muestran celosos del castigo a los delitos más que, de la recompensa a la virtud; el valor o la cobardía no les hace mella, su particular afecto a las prácticas sociales los hace buenos conversadores; degenera en superstición su pretendida adhesión a la idolatría, ésta se convierte sin duda en una quimera y forma parte de una acalorada fantasía de algunos iletrados, un ejemplo de algunos fanáticos no es suficiente para infamar todo el cuerpo de mi tierra de nación campesina.

En sus diversos sentidos hacen competencia y sus espíritus se hacen notar, les es difícil decidir entre la recompensa y la virtud, no se sabe cual de éstas prevalece en ellos. De lo anterior no se puede dudar que los originarios de mi tierra son enteramente semejantes a los antiguos, inclusive aquellos tenían más fuego y hacían mayor impresión de las ideas de honor, eran más intrépidos, más ágiles, más industriosos y más activos; aunque más supersticiosos e inhumanos.

En el ámbito trascendente de lo social y las ciencias, su aplicación y regulación de las relaciones de educación y conceptos de bienestar en la salubridad, con los métodos puestos a prueba, tanto en los éxitos como en los fracasos sobre el curso de la implementación de los programas de desarrollo de las comunidades campesinas, han exhibido estudios que, sin embargo por siempre existieron en las referidas comunidades; bajo un análisis un tanto peculiar, como si fueran entidades aisladas, autosuficientes y etnocéntricas, lo cual ha sido parte de la verdad.

Lo que antecede explica la importancia exagerada que se dio a la definición pretendida de nativo y de lo que parece nativo.

En efecto durante todo un lapso de centurias se ha considerado a los habitantes de mi nación campesina; como en otros tantos países mestizo-americanos, como los más distantes de la sociedad urbana, no obstante, en la actualidad ha sido indispensable definir al sujeto de la nación campesina y delimitar al campo de la aplicación de las actividades dirigidas a favorecer la aculturación de las comunidades agrícolas, en gran parte por la preocupación que han tenido los países industrializados, donde la idea de tratar con remanentes de una antigua población, ha prevalecido, y que se había quedado supuestamente, reducida al status de una simple minoría.

Las dificultades comunes para operar en tales circunstancias, aún entendiendo sin duda a aquellos pueblos que podían ser definidos como agrícolas, eran a tal punto difíciles de superar,

que hubo acaso necesidad de abandonarse a la idea de una definición personal, propia de las sociedades que tienen en alta estima los derechos de los individuos, para intentar otra de tipo social distinto que pusiera un énfasis preciso en el grupo organizado, no obstante sus aparentes ventajas, no han bastado para interpretar la situación actual de su cabal complejidad.

En su esencia pues, los métodos de la mencionada incorporación se han hallado basados en la inducción del cambio cultural, mediante el proceso educativo que se conoce y abarca a toda la población nacional –eje filosófico de la escuela rural mexicana, desde las tempranas épocas de la casa del pueblo, -métodos que propugnan todavía por la acción multilateral, que incluso considera a los aspectos de la cultura de comunidad, y pone singular importancia en la integración de los grupos subdesarrollados.

Mas esta común teoría social no se ha detenido ahí, los estudiosos al efecto, se dieron a la tarea de medir el supuesto desarrollo de las comunidades, investigando desde los escalones que conducen, de “una comunidad marginada” hasta “una sociedad urbana occidentalizada”; implícito está el descubrimiento y aplicación de las leyes y normas reglamentarias del cambio cultural para que, conocidas éstas, se pudiera prever la respuesta de la comunidad y la inducción en ella de los elementos urbanizantes o no que elevaran sus niveles de aculturación.

De cualquier manera, la comunidad campesina ha sido parte interdependiente de un todo que más que, conjunto de acciones ejercidas sobre una parte que representa a no dudar, en el sistema intercultural del cual inevitablemente forma parte.

Basándose en estos hechos, como que la realidad puso frente a nosotros, el proyecto de acción regional, estatal y nacional que, representó un paso adelante en la formulación que hacemos propia, de lo que puede significar nuestra nación campesina. Entonces, es factible considerar que la teoría contemporánea, en su perfil físico y geográfico es, por tanto de aplicación inmediata, hacia un proyecto de desarrollo regional de comunidad.

Por eso tal vez se hace más sencillo reconocer que a la definición del nativo de mi tierra y aquello de lo nativo, dejó de tener importancia trascendente. No ha sido posible sin embargo, pensar que el estudio exclusivamente urbano, representó un avance, más aquel que de la mutua competencia conectada tan inextricablemente se halla desprendido del mejoramiento de una condición para los originarios de mi tierra de suelos castaños.

No ha sido posible pensar y discernir sobre el mejoramiento de unos sin buscar la elevación de los otros.

Ahora, con la implicación práctica que se traduce en la formulación misma, y con el concepto de integración regional, en oposición al de comunidad aislada, ha sido de gran monta. La elevación de los niveles de aculturación debiera encauzarse, no por un acento trivial en el proceso educativo o por la inducción de elementos culturales, sino por la interdependencia y su juego armónico, poniendo énfasis en el factor de integración que rige a la interacción cultural.

En el desarrollo agrícola de mi nación campesina se ha tomado en consideración que habitan en sus regiones, proseguidas por el trabajo conjunto, las misiones culturales, las casas del pueblo, las brigadas de mejoramiento, los centros de capacitación agropecuario y las comunidades de promoción, entre otras, son las que sucedieron a la idea práctica que consiste en el abandono de la vieja idea de definir al nativo de mi tierra como individuo, ya que el proceder de acuerdo con tal definición, puede medirse por el éxito que acaso tuvieron los proyectos de desarrollo regional integral, implementados luego en las distintas zonas campesinas de mi nación.

Quiere decir esto que, el proceso de aculturación no debe implementarse directamente por encima de la comunidad, sino por intermedio de los individuos, surgidos de la misma, cuyo status, según los expertos en la materia, está adscrito y en una sola posición dentro de ella, para que al efecto, les permita desempeñar el papel de innovadores, de vehículo de aquellos elementos

extraños, que se considere conveniente introducir, de instrumento de modificación de elementos tradicionales que se tengan por nocivos, de catalizadores, en fin de promotores del cambio cultural.

Coincidamos por otra parte que, las comunidades de mi nación campesina sobrevivieron al impacto del encuentro con el hombre de occidente, que acudieron al sincretismo y a la reinterpretación para ajustar, dentro de su estructura social, los patrones culturales exóticos que grupos dominantes pretendieron entonces, a quienes la individualización logró convertirlos a niveles ostensibles de inconformes con las normas y valores del grupo propio, prestos a convertirse en algo así como agentes de aculturación.

Así pues, en el quehacer de comunidad, se han distinguido los pueblos de mi tierra, no dejando de lado claro está, a las comunidades de gran categoría, principalmente en lo que respecta al desarrollo regional agrícola; porque por otra parte, en caso contrario si estuviesen totalmente cerradas al núcleo mestizo que las rige, cierto es que no pudieran encontrarse de hecho, en el aislamiento o la autosuficiencia. Nunca las comunidades de mi nación campesina llegarán a extremos tales, que las haga totalmente impermeables al cambio; porque si no, como explicar que en aquella inmensa zona de occidente florecieron entonces culturas más o menos homogéneas, o como poder plantear entonces que los pueblos campesinos de mi nación, son los que más se diferencian de los otros, pues constituyen la zona menos explorada, cómo decir entonces que aparecían y desaparecían un tanto a su propio aislamiento, cómo poder argumentar lo que por otra parte les salvó a la larga, de la dominación, sobre todo porque los otros pueblos que no pudieron dominar o interferir en su desarrollo cultural, ya que nunca fueron derrotados.

Prueba de lo planteado es que, a la cima de estas lomas sus habitantes seguramente huyendo de las avenidas del río Balsas, depositaban sus entierros y hacían sus cementerios en dos posiciones, los que en posición ventral no tienen ofrendas, quizá como símbolo de su inferioridad o de que eran prisioneros, curioso es observar que las ofrendas aparecen junto en decúbito dorsal, como ofrendas y se hacen notar puntas de proyectil hechas de obsidiana, manos y metates; figurillas de barro, orejeras de hueso y barro, ornamentos de concha, collares, herramientas de hueso y piedra, ocarinas, flautas y gran variedad de vasijas.

Seguramente la gente de mi tierra desde siempre vivió en comunidad y ya comenzaba a construir plataformas con revestimiento de piedra y pisos de lodo cocido para los asentamientos de sus viviendas-chozas, cultivaban el maíz, frijol y molían en metates de piedra; algunos molcajetes indican en su dieta el uso del chile y quizá el jitomate, también practicaron la recolección, la caza y la pesca.

Algunos de sus rasgos culturales son la muestra respecto de la supervivencia de los grupos referidos, a veces las caras humanas con decoración incisa ancha y perforaciones que recuerdan los estilos de vida de la vieja raza, indican fehacientemente lo que poco a poco se va clarificando en lo relativo a su historia y desarrollo de comunidad.

En mi tierra de suelos castaños, durante mucho tiempo reconocida desde la caída de sus torrenciales lluvias y por sus vientos sureños como: "tierra caliente", cualquier cosa que se encontrara era simplemente calificado de "tarasco", pero ahora por lo menos sabemos de su distribución sencilla y cronología estoica, en forma más amable.

Coincidamos entonces que, el nombre tarasco es realmente un gentilicio tardío y erróneo, aplicado más bien con el propósito de denostar a los pueblos de mi nación campesina, ya que equivale a yerno, su nombre más adecuado es purépecha. Lo cierto es que, en la zona central se encuentran pirámides de cuerpos escalonados que combinan una planta circular con una circular, las cuales son llamadas yácatas.

Se acomodaba la piedra de tal manera que, para formar el núcleo de las construcciones, antes se colocaban en espiral juguetitos y vasijas miniaturas que la hacen característica y con rasgos propios de una cultura uniforme, de pintura negativa y cerámica negra finamente bruñida.

Dicen que el último heredero de Tariácuri, también conocido como Caltzontzin, sin duda tuvo que abdicar, mas no vencido o derrotado, antes hubo creado con ánimo de señorío, una liga de tres ciudades, amplió notablemente el territorio y estableció bases de democracia para sus sucesores, edificó la condición democrática para poder convivir con la naturaleza en armonía y paz duradera con los pueblos que forman hasta ahora mi tierra de suelos castaños.

Así acabó la historia de los pueblos de mi nación campesina y comienza la de mi tierra de los suelos castaños.

Por la Tierra Caliente y sus Caminos

Como buscando circunstanciar los accidentes geográficos que por cierto nada tienen que ver con la reducción del tiempo, ni compromisos adquiridos con la vida, menos con las montañas que asemejan valles que se quiebran en las vueltas vertiginosas de los arroyos de agua oscura y dura, como queriendo manifestar que todavía existen, aún cuando las brechas construidas por el hombre les han partido a la mitad.

Sin embargo, y nada más para que no se preste a confusión, por el gusto de vivir en medio de relieves geográficos, así solamente por darle satisfacción al recuerdo y como procurando hechos que a propósito se esconden, como para que la espera se haga más dilatada, despacito, sin hallar modo de ser desmemoriado, como de pasada para ir contando con los dedos de la mano hasta donde más se pueda, como si ante todo, y asoleando sus trabajos, todavía se pudiera ir descuartizando al tiempo, nomás curándolo, tan fácil para él, como si fuera su tabaco de germinación y sistema radicular, sano y vigoroso de hoja, luego, atiriciándolo y oreándolo en su jícara; hasta entonces, el viejo se acomoda en su butaquita a liar cigarros de hoja y asilenciar sus recuerdos de tabaco curado.

Pero, en aquellos tiempos esos trabajos de destajar, junto con los sudores que pasó por los caminos de Tierritas Coloradas y los ventarrones que nunca le dejaron ni acordarse a los unos cuantos días después, tampoco supo en que mogote se había quedado el azadón que era de tan suyo como el arado de tracción animal que utilizaba para romper la costra superficial del suelo; él, como que se acuerda todavía del güinumo que acariciaba su cabello enjuto, de cómo cuando por encimita de las rastrojeras le llegaban los aromas del agua florida con la que rociaba a los jacintos y bellotas ofrecidas al Señor del Cerrito.

Mas en aquellos tiempos, como ya lo sabía, no dejaba de ser su congoja, el mentado padre de la tal Ileri, era bien mal encarado; ya había bien matado a dos, pero tenía buen corazón; eso se decía, no pidiera algo la hija implorada porque en seguida ahí lo tenía, ya fueran los duraznos de la Sierra Fría o unas cuantas melcochas de la Tierra Caliente, como hasta unos holanes nuevos; el ya un muchacho, tuvo que atender a las fuerzas de las economías. Se casó con la tal Ileri, sin embargo tantas fueron las abundancias religiosas como las escaseases amorosas de la pudibunda.

Que, motivo de las primeras ausencias de éste, le atacó con dolor una enfermedad de costado, entorpecimiento y correnca, el muchacho luego de sus andanzas tuvo otra vez escatimases y comenzó a alejarse por un tiempo, pretextando justificar razones musicales, nomás por andar de mitotero con la murga calentana.

Después como que se detuvo e intentó, como que le quiso aliviar con una muy afamada poción que le recordaron a los bálsamos prodigiosos de los caminos, pero esta vez no había más pócima que una raíz tatemada que nunca averiguó bien a donde la barranca la ocultaba; por eso antes de morir la Ileri, cayó pues al suelo como embriagada.

Dicen que de ahí merito comenzó el ajeteo de aquél falaz, hasta que las vasijas y los adobes se le fueron cayendo indolentemente de sus manos, hasta entonces también, fue soltando las fuerzas de sus querencias en Tejería; decidió irse con los arrieros a Salsipuedes, acarreado a otros rumbos sus pesadumbres o lo que le fuera encargado. En honor al recuerdo de los cuatro caminos que de Tejería parten, existe uno que para sus asegures, con su estribación geográfica, adquiere perturbaciones sobre riscos que aparecen en el Cerro de los Encinitos, algo así como inscripciones, relieve de piedras encimadas, sería su certidumbre de que a lo lejos se dejaba ver una gran yácata, como una montaña con entablamento, y que varios árboles sin hojas hacían lo ondeó del camino, lo cierto es que a él le parecía ser el descubridor y primero en disfrutar de las muy complicadas construcciones conformadas con arietes empedrados. El joven arriero sin duda se detuvo y embriagó de canciones, amor y de todas las sonadillas que a su mente llegaron.

Pero luego, entre los abrideros de trancas y mentadas, de entre golpiza y golpiza, supo después de circundar las veredas del Poleo, que ahí luego, en llegando al pueblo de los Cimientos, por la ahuejotera mentada y por al pie de la cuesta abajo, nomás en llegando a la placita que no muy cuadrada, más bien angularmente achatada, buscaría atajar una fuerza que sentía llevar en medio de su cansancio, sin querer explicarse casi nada, este medio hombre, encontró el para qué y conoció de un de repente a la que a la orilla de los caminos con sus codornices, huilotas y otros hatos avanzaba como mujer dejada en el abandono; de oficio vendedora, ahí en los caminos del coqueteo él le habló y se la llevó a seguir buscando el objetivo de su vida, la única y más auténtica yácata de sus antepasados, los primeros viejos de su tierra, caciques sin riquezas, que más daba, tal vez los primeros tariácuris, eso sí, los pobladores de toda su Tierra Caliente.

A veces y coleándole los huaraches a los mitoteros y con el ahí nos vemos por delante, andaba la pareja feliz de la vida; de fonda y plazas, en patios y corredores, hasta que el malhaya rato llegó como viento puntiagudo de por ahí de esas veredas omisibles, sólo y sin hacer ruido salió a relucir el bolo corta vidas y ahí quedó la vendedora, frente al corral de piedra y cerquita de la bocacalle, junto de la curtiduría.

Él, como todo ya un hombre, volvió a los Cimientos para cuando al menos, tuviera vida ya no volver a los caminos, de todos modos y por si acaso su conciencia, afianzaba sus entendederas a los arrebatos que se sucedían y a pretexto de la escasez de su razón, anduvo siempre tratando de buscarle lado a sus esmirriadas humanidades, a lomo de bestia o con su paso bribón por el camino de los disgustos y las pendencias hasta la Calera, fue en llegando acompañado de un pardiando hasta los paredones del Balsas. Parte por su rumbo perdido y parte para esconder todos sus remordimientos y el enojo de una amistad traicionada; porque antes de errabundo, tuvo tiempo de compadrarse con el que curtía y arreglaba cueros de venado, onza y jaguar, animado por la amistad, éste le ofreció la sementera de su parcela por todo el temporal de aguas, pero haciendo notar su nulo agradecimiento, el mentado arriero llegó hasta los Tepetates, aquí, cada vez que pudo se remontó al monte de los mezquites y palo mulato, llano tras llano o tomando por el camino de las faldas del cerro, entre cirianes, tepehuajes y espinosos huisaches, como no buscando nada y como huyendo más bien de quedarse atorado como tarabilla en los arroyos de La Estancita, donde los suelos castaños y una que otra viga o dintel destechado, junto con el contexto agrícola, le dieron los aires de antigüedad, allá donde mero se aglomeran las soledades, se volvió a topar con otro de sus monumentos de piedras encimadas, tapiado que le sesgó irrespetuosamente el camino y donde a la muerte parecía conmemorarse en una misma forma,. Sin pensar en el sacrilegio, el hombre se recargó en una de las paredes de la construcción tarasca, y sin ningún asomo profano volvió al recuerdo de la vendedora. Le lloró lo mismo que a sus indagaciones, y cuando se estaba sonando las narices cayó en la cuenta de tildar de agolondrinadas sus esperanzas por encontrar la verdadera y más grande yácata. Y con las amarraderas de sus ideas hechas más nudo que antes, ya desde entonces comenzó a acarrear sus hojas de tabaco curado, las vendería con todo y chiquigüite si se podía al primer marchante que encontrara, para de ahí seguir a quien sabe donde, nunca sin embargo, le dio tiempo de pensar que los vacíos que ventaneaban su corazón fueran ocupados por una sola inquilina. Se

detuvo en la plaza de los tabachines y parotas de los Placeres. Se paró enfrente de las tinajas empotradas en su asiento de tierra mojada y miró a la de las aguas frescas, embozada ésta en su mantilla y confundida en el desteñido y desvencijado achaparrado de una mesita verde; luego de un rato de intercambiar miradas, lo primero que él le preguntó fue que qué horas eran.

-Están sonando las doce y media- le contestó la mujer y movió tantito su cabeza como para mirar al campanario, agregándole despectivamente, -¿qué acaso no oye usted lo mismo que Yo?-. Él sintió que la arrogancia envuelta en el papel de estraza del desprecio le barnizaba el corazón de algo que ni siquiera con la vendedora o con la pudorosa Ileri había sentido tan recio. Se hizo el desentendido y fue a asuntar el negocio de las hojas de tabaco bien curtido con el mercante de de birria, pancita y pozole, a un ladito del puesto de las aguas. Centavos más centavos menos y una cazuela desbordada de pozole con suficientes tortillas fue la ganancia, pero no dejó de mirar ni por un instante a la de las aguas frescas; sentado en una de las bancas de la plaza, toda la tarde se sostuvo en esa posición, oscureció y la embozada se fue a descansar a los portales, él se sentó un rato a su lado, casi en silencio, más que preguntar pareció estar seguro, cuando se acercó, aún todavía no atinaba, se decidió por fin... -¿y quien te hace compañía en los quehaceres que se desprenden de la vendimia?- después de un rato de silencio, ella le respondió: -si alguien me acompañara ya usted lo hubiera visto-, -o qué, ¿de nada le sirvió estarme figando desde que a que?.

Durmieron oyendo crecer la noche y sólo pudieron acariciarse los ojos, ya de madrugada, sin que nadie se lo pidiera, él se metió entre las tinajas y se acomodó a enjuagarlas con escobetilla; trajo birria, comieron y estuvo ayudando en el comercio. A la tercera noche y ya apalabrados, ella le preguntó que qué hacía en ese pueblo y qué si toda la vida se iba a quedar lavando ollas y vendiendo aguas que no le pertenecían. -Yo no pienso darle otra cosa- le terminó diciendo y cerró la boca. Como queriendo entender los contradictorios dichos y hechos de la mujer, el ya entonces todo un hombre se metió al estanquillo del mezcalero, ahí anduvo pensando con desmedida pasión y fuerza. Terminó la venta de las aguas frescas en esa semana de cuaresma y cargado lo mismo que un burro se fue atrás de la vendedora, atribuladamente él quería pensar o por lo menos llegar hasta un lugar que por fin tuviera nombre y le diera una pista de la tumba tarasca tan ansiada, la del dios de piedra; entre los pueblos que él ya conocía, por donde los caminos se encaraman a la sierra y ya más fatigado por los menosprecios y peoresmodos de la Venicia de los Remedios, la de las aguas frescas, el ya medio viejo, conoció, mirando como destazaba un novillo que se había matado en un desfiladero, a Ramiro, de oficio pasturero en el rancho dedicado a la ganadería "Las Pilas". Brindaron hartas veces y éste lo invitó a dejar de sufrir por las mujeres y por los trabajos que le causaban las investigaciones de su dios tarasco.

-Véngase para otros rumbos-, le insistió.

Él le dijo que sí, al fin de cuentas regresaba al petate conocido, a la merita Tierra Caliente. Ya en la ganadería de los hermanos Orozco, Ramiro se dedicó a sus quehaceres de labor campestre, trabajo suyo de todos los días, y él a casi nada.

Cumplidos los años que se necesitan para viejo y con un físico que le delataba el doble de edad, lo invadió la luz de que lo que él pensaba era su gracia; los recuerdos se le volvían como presencias. El tiempo para él permanecía estacionado. Sus amores con la virgencita los sentía como si otra vez los estuviera tentando. "La vida era lo mismo ayer que ahora", se decía lleno de gloria, que aquellos días fueron su mejor época; pero el arrendador de oficio Serapio agarró el pico de la demolición. "El recuerdo a las yácatas vive hasta que la memoria quiere". La enjundiosa sentencia verbal le atemorizó en sus insistencias amorosas y una alebrestada de hacía ya más de veinte años le obligó a arrodillarse y trémulo de frente al Señor del Cerrito, el ya viejo, ofreció su devoción, no sin antes condicionándolo al encuentro, con la yácata. Alguien que le escuchó lloriqueando lo errado de su dirección, adelantó una sugerencia.

-¡Vallase a la iglesia de San Lucas a platicar con la Virgen! -Este Señor del Cerrito apuradamente está muy ocupado haciendo milagros más dolorosos-. Pero ese mismo día aquel disparatero se sumió en sus costillas cuando escuchó la brutal pregunta de su amada: -¿qué va a

hacer, cuándo le reclame una noche apasionada? Ahí mero fue donde el viejo se ausentó con toda su sombra; no volvió a decir palabra, ni buenos días, ni buenas tardes, ni buenas noches, ni adiós, bueno, ni siquiera a preguntar por el tan ansiado rumbo de la yácata del dios curicaveri.

...El anciano ahí viene con su morral, a veces con su chiquigüite, parece que carga mazorca, pero no es cierto, es hoja de maíz híbrido. Son la diez. Nadie le saca una palabra. Cuando vende sus cigarros de hoja, oye y cobra con los dedos. Un manojito es tanto, dos es tanto y así. Ahora, ya más muerto que de anciano no puede hacer socaire, caso de los reumatismos, por eso, los que delante de él, prefieren envolver su tabaco curado y hacer su propio cigarro de hoja, ya saben cuanto y ahí le dejan. Ahora, ahí está solo. Dicen que es ánima, que es sombra, que es figuración. Dicen que es nada.

¿A qué no me dices como se llamaba el que hacía cigarros de hoja, aquel anciano que buscaba por los caminos de Tierra Caliente, una yácata y una tumba?... a ver, dime cómo se llamaba el que hacía cigarros de hoja.

Una Belleza Duradera

Yo soy señores, puro guerrerense calentano y traigo el gusto que ha llegado conmigo, para contarles lo que en torno de la vida nuestra sucede, y que fácilmente se olvida, porque como que a la vez se desliza cuando menos lo piensa uno, como que se escurre en las oscuras corrientes del Balsas, por eso antes que otra cosa nos ocupe y al efecto de que los quehaceres sin más se desprenden en esta tierra bonita, con la venia de ustedes, he venido a esta gran ciudad acompañando a las palabras de un pueblo originarias, que me hicieron el honor seguirme y de expresar las ideas que luego de los trabajos de deshojar y desgranar que por allá tenemos, queremos manifestar ahora; por eso y antes que otra cosa nos irrumpa en el momento de las actividades inherentes a la producción agrícola de esta tierra bonita, hemos de aclarar que nuestro pueblo está ubicado en la región que se mete por la puerta abierta, nos parece así, en el mero corazón de la zona suriana, que tal parece, no existe en el entorno geográfico nacional, pero para nosotros es tal que, hasta tiene nombre conocido, sean pues estas líneas emborronadas por el amor al cielo guerrerense y a la Tierra Caliente. Esto si es cierto. Tiempo hubo en que por aquellos límites de las piedras encimadas, se presentó esforzada lucha con las distintas formas de la naturaleza, al efecto, las aguas de la Laguna buscaron presurosas su acomodo, sin que se distanciaran del viento y la atmósfera puntiaguda, estrechas entre sí, para bien atar sus huellas, de suerte tal que en el entorno agreste se conquistara al fin su propio asiento de escurrideros. Tiempo hubo en que tenían sus aleros de tejado..., y aquella raza vieja contaba con la horqueta del arroyo que escondía lo mismo en lo hondo del pastizal unas lajitas de tepetate colorido, lo mismo que bañaba al pastón y encubría las hojas del pajonal, asemejándose así a nuestra querencia, un surco echado, de manera tal que no se olvida. "ojos que te vieron ir" y aquello que fue de todos, ahora sólo es querencia mía, no obstante, al paso del tiempo, para luego como si nada irse como un viento suriano, huirse por los caminos que se escurren hacia la oscuridad que vive silente, allá bien lejos, donde anidan pues los gavilancillos.

Y desde entonces, yo prefiero ya ni acordarme, porque desde allá, a la aurora de mi Tierra Caliente de barrancas y laderas, de loberas y cuesta arriba, me estoy marchando, y cuando de abril corran otra vez las mañanas, ya desde entonces han de ir volando las pintas y las coloradas guacamayas, y si no, nomás ponga sentido en lo que digo y con gusto sin duda antes de marcharme he de platicarle de lo que ya ni me quiero acordar.

...eran las cuapuas, los tentecacos y las chachalacas que, revoloteando decían de la diecisiete añera, y a cuento de las escolleras de mi tierra, se decía que la trigüeñita clara cada vez que podía, intentó manuscibir aquello que muy bien no me acuerdo que decía.

"...desde que me acuerdo guardo cama, los vientos que llegan hasta aquí, siempre me han asustado y he pensado hasta ahora que no dejaré de ser algo así como una muñeca pequeña y endeble.

“No he rozado ni una solita vez la tierra, no sé lo que significa andar. En el Centro de Salud y Rehabilitación me han dicho abiertamente que quedaré baldada para toda la vida, mas yo no me dejo abandonar, tengo la seguridad de que la gente sabrá sacarme de este grave estado... hoy soy Yo quien necesita ayuda, pero mañana yo misma ayudaré a otros...”

Ninguna carta a la Casa de Correos llega sin respuesta. ¿Mas cómo ayudar a la diecisiete añera? La chica se hallaba en el Centro de Salud y Rehabilitación de la Cordillera Suriana, de este lado del Balsas, en el ombligo de la Tierra Caliente, Donde también hay una industria que prepara medicamentos, en la primera ciudad que dicen es el corazón de la Tierra Caliente. ¿Necesitará la trigueñita clara algo de esos preparados? La Casa de Correos le envió una carta a un tal Sebastián, supuesto Oficial Mayor de la farmacéutica; a partir de ahí la correspondencia entre los Correos, el mentado Sebastián y la niña-mujer no se ha interrumpido.

Han pasado más de dos años. ¿Qué ha sido de la muchacha?

Conocí a la trigueñita clara en la época de lluvias plena, trascurrían los días y las horas del tiempo, cuando fui a la fiesta del corte de caña y la cosecha del ajonjolí, en el primer aniversario de trabajo colectivo, la trigueñita clara había sido invitada a ese acto también, sencillo pero solemne y para entonces, llevaba ya varios días en la casa de la enfermera, una de sus tantas amistades que le apreciaban bien.

Hasta allí me llevó un amigo arriero, y en el momento en que nos quitábamos los sombreros y saludábamos a la pequeña hija de la enfermera, el arriero se acomodó en una silla en cuyo asiento lucía un sobrio tejido de palma, junto a la butaquita por demás cómoda que ocupaba la trigueñita clara, y éste con suma cordialidad se le acercó y le susurraba algo al oído. Desde el pretil pude ver como sonreían sus ojos y oír la alegre voz suya; era pues una jovencita de mirada inteligente y un porte lleno de dignidad y seguridad. Al saber que yo había llegado de la ciudad ella me alargó la mano, empezó a citar nombres de colaboradores y asociados de la cooperativa agrícola y a preguntar sobre los asuntos relacionados a la Asociación Civil a punto de constituirse por esos tiempos. – Tengo allí muchos amigos –dijo- La Asociación rompió mi soledad, poniéndome en contacto con la mayoría de los socios activos de la cooperativa. Miró con gratitud al arriero, éste se turbó: -¡Anda!, sobran las palabras trigueñita clara, tú eres nuestra hija adoptiva, pero eso sí muy querida y mimada.

- ¡hija de la cooperativa! – Ha habido en nuestra región hijos de regimientos revolucionarios: surgidos fatigosamente del surco, haciendo labor constructiva y fecunda, labor asilenciada a distancia de cuadrilla, esfuerzo mayúsculo para que otros coman, ríen y se harten a placeres. Pero, - ¿hijos de una cooperativa?, resulta que en nuestra región también existe eso. – sí, dijo el arriero- cuando recibimos la carta en la casa de correos, nos enteramos que aquella que suscribe la ciudadana Hortensia, secretaria de la Organización de la Asociación Civil, con registro en trámite, nos ofreció agilizar para beneficio de los asociados, visitarnos, y entonces reconocimos por su conducto y así fue, porque ella te condujo hasta nosotros, a una chica muy agraciada, yo diría que hasta hermosa, pero sobre todo a la diecisiete añera de gran elocuencia y sonrisa de gran desenvoltura, por eso, entre otras cosas te apreciamos todos en la cooperativa.

Ella se quedó muy sorprendida al saber que tenía ese día visitas. Nos contó que cursaba el último semestre de educación media superior a distancia y que como educadora, deseaba aparte de conocer la costura y confección, aprender un oficio, trabajar, ser útil a los suyos y a la sociedad. Salimos de ahí embargados de un complejo sentimiento de pena y orgullo a la vez, por esta muchacha tan entera y valiente; de regreso a la cooperativa informamos de todo a los compañeros. En nuestra Asociación acostumbramos ayudar colectivamente a todo el que está en desgracia; la cooperativa tenía para entonces ya a su hija adoptiva.

Trajimos a la trigueñita clara hasta nosotros y la presentamos a la Asociación de los compañeros, sus futuros padrinos. Inesperadamente, el encuentro se convirtió en un mitin de toda la cooperativa ejidal; todos deseaban apadrinarle; pero se otorgó ese derecho a Hortensia, la secretaria de la organización.

La trigueñita clara encontró su puesto en la vida al sentirse necesaria para los demás. Ahora vive en la Tierra Caliente y realiza un intenso trabajo social, desde la casa de correos organiza reuniones dinámicas con jóvenes en el pueblo, impulsa conciertos de artistas aficionados; esto alegra la vida de los ancianos y personas solitarias, además ahora toca la guitarra y el teclado, canta y compone música para sus versos predilectos.

Y mientras mis compañeros alcanzaron arracimarse al fin arneses de jornal en los hombros por el rumbo de barbechos y, parten sin demora a los caminos que conducen a los sembradíos, y, le pudieron dejar en resguardo a los mezquites los aparejos de labranza, la trigueñita clara ha estudiado unos cursillos de mecanografía; según su opinión, es una profesión que ahora escasea.

Sustraída ahora por una fascinación, a la sombra de un cascalote, entre sus amapolas, con su belleza que lucía entre los bejucos, donde las palomitas pardas detenían su vuelo entre el zacate y el viento enjuncado, que se enfilaba hasta los caminos que se debatían de sol. ¿Quién crees que está más hermosa que nunca? ¿No sabes? ¡Ah, pues nada más y nada menos que la trigueñita clara!

Belleza que desea expresar la manera en que se revela el encanto de su persona, en su porte, en su dulzura, en su generosidad, en su razón..., no te olvides que la belleza es pasajera, la única belleza que queda es la de la bondad y la comprensión, que transfigura los rasgos. En esa sí que sobresale la diecisiete añera trigueñita clara.

Como Prietita Clara

Comentarle a usted de una fuerza que, en mi Tierra Caliente existe, o referirme a ella en este momento, es un interés personal que no hace mucho me he propuesto, ha de ser sin duda porque deseo reconocerle, acaso por lo que hace a la caída de las hojas, o porque espero de ésta no sé qué, no basta sin embargo, desde este ángulo no es posible, incluso, desde acá es común, que la vida en este rumbo de vientos, se encierre la esperanza para no hacer ruido, existe de todos modos una fuerza manifiesta desde centurias atrás, y si no, alcance a divisar el momento en que se innova con la caída de las hojas de los árboles, es posible que no le de razones claras, sin embargo, la fuerza de ésta, mi nunca bien ponderada Tierra Caliente, es pues la razón que se convierte en la tarea misma que podemos todos por acá adquirir, a fin de darle el sentido más simple y liso, a la importancia de dicha manifestación, eso lo sabemos, vale la pena que se le tome en cuenta, y después de todo concluir, que como tarea tenemos el deber de aprenderla y comprenderle.

Tal vez no haya semejanza pero en tratándose de mi Tierra Caliente, según mi entender, son sus suelos castaños los mismos que presenciaron el arribo de una vieja raza que intentó construir su nación, con proyectos de largo alcance, y se dice que tiempo hubo en que desde que diseñaban sus aleros de tejado, todavía no se animaban entonces en la conveniencia de utilizar para su beneficio a la horqueta de los arroyos que escondían lo mismo hacia lo hondo del pastizal, como se desprendían en profunda el color de su piel, así como el jeroglífico de su pajonal, todo porque esta raza estaba ocupándose de la construcción de arietes y paredones en sus muy afamadas yácatas tan entusiastas y congruentes que de por sí siempre se admiran, y si no, ahí están, aún erguidas y con su gesto amable, construcciones de piedras encimadas que desde su medianía agreste, podemos observar con las señales de cielo y hojarasca, aquellas sombras, cuando llevando consigo al ídolo, para entonces de barro cocido, que está sentado y con las piernas cruzadas, que tenía un sitial de ventana y que estaba como guía de aquel pueblo, aquel que hizo desde los cimientos hasta las medias planicies su primer elección de frente a esta tierra, que a veces colorada y que allá, por aquellos límites tenía desde no sé cuándo la condición arrebatadiza y soliviantada de las piedras que se juntan como para hacer sentido común con la mañana o como si sólo se encimaran.

Otros dicen que cuando se presentó esforzada lucha con las distintas formas de la naturaleza, era tiempo en que, se definía también la diferenciación cabal de los conceptos, por esto, y de frente a la procuración y acomodo de las aguas, mi pueblo estableció y concilió con éstas fuerzas una tregua, a derivación de su canalización por su cauce, y a distancia del viento, para bien advertir su huella por las hondonadas, de suerte que por el entorno rastrero y dulce del carrizal, se construyera al fin con sus hojas planas a la atmósfera que hoy tenemos.

En un esfuerzo por coincidir con lo que el cazonci refería a su pueblo, con la historia de sus antepasados o cuando anduvo con su deidad a cuestras por los caminos que ahora, abandonamos y que preferimos no transitar, y que ha más de centurias olvidadas, son los testigos únicos que nos pueden contar con señales claras de aquella raza que, seguramente discernía sobre un tema principal; la fuerza más importante en el mundo que nos rodea es la gente, y que, el éxito y la felicidad de nuestras vidas depende mucho de la manera en que se aprenda esta tarea, porque la gente desde allá y por todos los tiempos nunca será como quisiésemos que fuera, siempre y delante nuestro y en cualesquiera tiempo, hará las cosas más inesperadas, torpes o viciosas.

Entonces, y por cuanto se dice, acerca de saber tratar a la gente. Allá, donde mi tierra amortigua la caída de las hojas, y que, no ha mucho tiempo cuando éstas empiezan a volar se alejan con todo el cuerpo de sus días, cayéndose con sus horas y minutos, en un solo cuerpo de otoño, es preciso señalar que en esto consiste según los que conocen esta historia, que dicha tarea se hace vigente también; entendiéndose pues que delante a mi prietita, erosiva y clara, la referida tarea se hace presente, no sé cómo, pero este ánimo de comentarle brota como hierba, y así como a la medianía brota de la bejuquera, no sé, pero en tanto se verifica mi comparecencia, estos arrebatos verbales cobran vida.

Sólo a los niños en esta tierra de arrastre se les debe guiar, se les permite primero que nada, gozar de toda una suerte de colaciones, se les orienta en el mismo tiempo en que, reconociendo a los barbechos hijos de los Agrajes, con desmesura no pudieron ser mas que una declaración de afectuosa continencia. Sólo así reconocemos entonces que, aquellos deben vivir sus propias vidas. Por eso, en este mismo esquema, de la manera en que se aprenda esta tarea, depende el éxito y la felicidad en la vida. Así como cuando, ante la mística de una muy olvidada plaza, en la tarde de un torrencial aguacero, con el embrujo de la misericordia, cuando se escondan las nubes apeñuscadas hacia la cordillera sureña, y, como si los caminos se perdieran a la distancia, como si se pudieran alcanzar en un altar adornado por la fragancia silvestre.

Sin más comentarios, esta es, la nunca muy bien ponderada, prietita, erosiva y clara tierra mía, que permitió en épocas muy remotas al cazonci Sicuirancha tener a bien elegir para establecer a su pueblo aquí, al lado y en el entorno de la flor morada, aquí donde en la actualidad se desplaza el humo que desde los incensarios asciende y que no tiene tiempo de volver a aparecer, así como tampoco tiene prisa cuando se encarama letárgico en el facistol oscuro. Algo tan solemne y hierático como aquella primera religión astronómica de mis ilustres antepasados, no lo hemos de constatar acaso, no obstante, jamás hemos de cuestionar a las campanas cuando lloran por un muerto, o a las criaturas de la naturaleza cuando gimen ante el efecto de la indolencia, localizada en la muralla y la hiedra trepadora. A riesgo de aparecer ante usted como un ingenuo y de frente a mi prietita, erosiva y clara, preciso decir que, saliendo, a la distancia de los caminos que se debaten ante su resolana soledad, advierto reconocer que, como aquellos pedantes que sacan todo cuanto saben, aunque no venga al caso, y que el primero más necio en este sentido, sin duda he sido yo, por endilgarle el compromiso de escucharme, sin que previamente me haya otorgado su venia al efecto; porque inclusive, para mayor entendimiento, la gente no hará jamás lo que quisiera usted que haga, hacen de todo y nada, por el contrario, ante estos suelos castaños, como en cualquiera otro lugar, hará por su parte lo que más torpe, inesperado o tal vez vicioso parezca. No importa, mas estos suelos tan dispuestos preferiblemente a esconderse primero en el abrazo de las aguas oscuras, son pues conciliadores, y coadyuvan en el quehacer de comunidad, antes que convalidar la presencia de tal disparate. Ellos también le reconocen y aprecian, a su manera se lo manifiestan todos los días: "no te duelas si alguien en la vida con sus palabras te lastima, bien lo sabes, ya no te sientas mal si acaso alguien, o de pronto

a solas te dejan, definitivamente o de plano te abandonan, aún en medio de la pureza del limón o inmerso en la tristeza del rosedal, al fin y al cabo este es un estado más de ánimo en el que puedes recuperar tu propio espacio". "Si de frente a ti las llanuras gritan, no te sientas aturdido y menos aludido, porque aún éstas, cuando vestidas de atmósfera hurañá, como en una sola camisa blanca, son la tierra que, a través de sus planicies y cordilleras, te brinda su compromiso de existir en un mundo que se convierte en lumbre de surcos ígneos y forja de temples en tiempos sosegados". "Así, de la misma manera, no hagas responsable a nadie, ni siquiera a quien amas más, de tu éxito y felicidad en la vida, porque aunque me congratule por ello, de mi parte no puedo justificar alegrías en absoluto, sólo aquellas que desde las veredas donde, reconozco a mis aguas mansas que nunca he podido alcanzar, al menos nos ha dejado al viento y se los he dejado por tiempo sin fin, para desahogarnos desde su angostura, donde dejan de juntarse los arroyos, y se aprietan revueltos de arcilla y oscuridad, por eso, insisto, no hagas responsable a nadie, ni siquiera a quien amas más, de tu éxito y felicidad".

Esta tierra que de cierto le dio procedencia y vida a la ascunción de aquellos pueblos de nación campesina y religión astronómica, merece ahora más que nunca, que no sólo por entendida, sino por afable, modesta y virtuosa, pueda ser muy considerada; o si no, y para demandar racionalización, que nos grite la región donde se acomodan las encinares.

Se dice que sólo a los niños hay que guiar, éstos sin embargo, según las majadas de mi tierra, tienen que vivir sus propias vidas y no importa nada más, aún en presencia de las ondas que surgen pesarasas y oscuras nubes en las llanuras, "la gente es pues como tú sabes que es, no te quejes entonces, si al concluir la jornada, te encuentras solo, porque aún cuando en torno tuyo haya millones de seres, siempre estarás triste y solo en este sentido, al final; recuerda que esta abstracción nos puede conducir a la idea de resolver, que la conducta se puede convertir en rectitud".

Y si así, esta pasión te saca de ti, como punto y aparte, deja que mis manos te reconozcan con desmedida indiferencia, deja que tan solo mis dedos palpen la muy tuya revolución agrícola que te invade. Deja que en este tiempo de la caída de las hojas te manifieste un saludo y al igual que aquellos que suelen adelantar su despedida, "aunque como ésta quien sabe, por si o por no, lo más propio es, me parece, decir aquí está mi despedida..., sacar uno mentiroso, o verdadero, a otro, ¡Voy a echar una trazada!, ¡Me cuadra esta Tierra erosiva, como prietita clara!".

Una Costumbre Inofensiva

Ponga atención a lo que digo y con gusto ansío antes de marcharme, he de platicarle, de lo que si pudiera me olvidaría. Eran la minúsculas cosas, las que como sin importancia, sólo se movían, un tanto levantadas por el viento a pretexto de gritar su existencia; eran las chicharras que clamaban el arribo de las lluvias, eran los musgos y las bejuquedas que se acurrucaban al ruido, la llamada de los vientos a la naturaleza que se levantaba desde las murallas de concreto, hasta la hondonada que amarillea de las mariposas al vuelo.

No obstante, de manera común en la ciudad se dan luego hechos que, me hacen hablar de cosas distintas con las que ni siquiera intento hacer sentido común, o distintas a las que de pronto hago mención.

Quizás no logre mi objetivo, pero cuando menos, me quedará para siempre la satisfacción de haber hecho lo que debía, por cuanto a decir aquello de lo que bien no me he podido olvidar, pero que por otro lado no acierto recordar del todo, en efecto, me parece imprescindible y natural en este sentido, que en la ciudad halla quienes se la pasan en todo tiempo no muy entusiastas, que no les parezca pues osado de mi parte, porque a fe de no herir susceptibilidad alguna y menos contrariar la opinión de los críticos autorizados en la materia, mas bien de frente a la idea de bibliofilia que éstos tengan, ofrezco decir una cosa de justicia, desde mi entender, aquellos que se especializan en el manejo y control de los libros, son los mismos que antes de buscar, analizan

acerca del enriquecimiento de lo que reconocen como acervo a su cargo; éstos actúan y se desempeñan con honestidad.

Son los mismos a quien se les acusa a veces de querer y creer tener conocimiento de todo, es por otra parte a los que se le exige poseer una cultura general sólida, son sin embargo aquellos, que conocen y aprecian lo mismo la sonrisa del niño, cuando se procuran tiempo para leerle un cuento, o como aquel, el que se convierte sin dificultad en guía del usuario, en sus continuas búsquedas de información.

Por lo poco que he visto inclusive, son los promotores de la lectura de grupo, aún, me han dicho, que luego de responder con sobriedad a la demanda de información urgente y necesaria, al mismo tiempo, son a los que se les conoce peyorativa o cariñosamente como “Ratón de Bibliotecas”, son pues quienes hacen guardar el orden en los pasillos, las baterías, estantes y entrepaños.

Y así es, como de manera cotidiana ha transcurrido su andar, al mismo tiempo con el saber humano, muy atentos y vigilantes a sus cambios, con avances y retrocesos, conservando como un tesoro lo escrito, lo que los demás también deben saber y conocerlo, divulgándolo incluso en panfletos, confeccionando o reciclando papel, copiando textos, hasta llegar al manejo de complicadas tecnologías como el fax, Internet, discos compactos, correo electrónico, etc., porque en todo ello existe conocimiento, porque perdura la imagen humana y porque desempeñan éstos un papel importante para sí y para los demás, porque acaso se influye positivamente en el entorno de sucesiones y actuaciones.

No son sin embargo la excepción, forman parte de un grupo social, emergen como todos de una célula originaria, se les incorpora a un colectivo, reciben cuidados y formación, aprenden reglas de integración para que los acepten, son sujetos de derechos y obligaciones, cuentan en lo individual con el libre albedrío y tratan de diferenciar y entender la dicotomía entre el ser y el deber ser, comparten lengua y tradiciones, símbolos, emblemas, creencias, traumas y tabúes, se convierten en lo individual, sobre todo en proveedor y receptor de servicios, puesto que en lo efímero de su existencia, cuando mucho alcanzan a entender parcialmente, alguna rama del conocimiento; no lo saben todo y por lo tanto no pueden todo hacerlo, dependen de otros y aquellos de lo que él hace y sabe; pero eso sí, organiza la información de tal forma que los receptores de su noble servicio, cuentan con las herramientas necesarias para la búsqueda y localización de esa información que aguarda siempre viva, adaptando técnicas y procedimientos al nivel de esa información referida y sobre todo de una condición vertiginosa en el avance de las comunicaciones, inclusive mantiene un compromiso ineludible con la responsabilidad de conservar, difundir y extender a través de cualquier medio a su alcance, la memoria humana.

Es el que según otros dicen, le asigna a los libros una clave, el que les elabora con cuidado y esmero apropiados en la forma un registro, como si fuese su acta de nacimiento que permita luego, distinguirlos, por sus afinidades y diferencias específicas, para localizarlos con certitud en ese mundo de información, acervo donde de nueva cuenta a los libros se les pueda reconocer con un nombre, empleando códigos de barras como se dice, que tal vez sólo él entiende; cuentan pues, que es el heredero de un pasado pleno de experiencias, ésta es también la razón por la cual hacia el interior de nuestra geografía nacional, suelen llamarle copista, escriba o encuadernador, lo cierto es que es fiel custodio del conocimiento y a lo largo de su trayecto lo mismo le ha dado saber conservar, cuidar y custodiar incunables, como que ha sabido también lo que representa eslabonar el conocimiento, al ejecutar con dedicación afectuosa la preparación física del libro; es posible encontrarle por otra parte, cuando que, con sumo dolor los haya visto arder en grandes hogueras que le han matado por dentro, sin duda los ha sabido habilitar en exconventos, así como también los ha puesto al alcance de todos, de cierto es que los ha ido adaptando en locales y procedimientos, para que se les pueda leer con tal mansedumbre, para que los lean todos con delecto afanoso – porque de todos es lo Yo conservo- así suele decir para sí; se le ha tratado de hereje, a ciencia cierta no sé por qué, tal vez porque su única consigna ha sido en todo caso, ser custodia y resguardo de los acervos, porque dicen que en cualquier tiempo cuida las puertas del infierno, los que a su imagen y semejanza intentan defenestrar le llaman cancerbero, cuando su único quehacer ha sido y es – aunque no lo entendamos- divulgar y extender el conocimiento.

En este ámbito suyo de disciplina se caracteriza leve, a veces se denota imperceptible aún cuando ágil y seguro de sí mismo, en el servicio que presta a los demás, él vive y experimenta bien el contenido de esta atmósfera un tanto extraña, gracias a la demanda de información es feliz por entero, cuando influyendo actúa en todo aquello que lleva implícito el proceso enseñanza-aprendizaje, orientando al usuario, formándole, en el manejo de las herramientas y procesos de búsqueda; de frente no obstante, a la información especializada y de actualidad proporcionada por la Academia, interviene de manera directa con el trabajo interdisciplinario, en la cibernética, en las paqueterías para el proceso técnico y los servicios, interviene en la creación de banco de datos, analiza la información pero no la margina en importancia, y la única alegría que mantiene consigo, es aquella que a su alrededor mantiene para sí, porque nadie se la disputa, es la misma de poder leerle un cuento a un niño.

Y de los yerros ya cometidos, siempre hay algo nuevo que conservar, aún cuando en lo cotidiano no se debe pasar sin mirar, bien por su utilidad o por sus defectos, porque si el error es de humanos, la memoria es una habitante que vive en él, pero a la que recurre muy de vez en cuando.

Pero aún en su entorno social, habitan en cambio muchos defectos, así como sus anhelos o sus grandes preguntas, por esa enorme capacidad creadora que tiene y su infinita imaginación, se asemeja luego al ascenso de un cohete que serpentea librando lo adverso y que al estallar permite de nuevo fundirse con el universo.

Su responsabilidad es grande encomienda que está llena de interrogantes, a veces se traduce en satisfacciones que le permiten ser creativo, le proporcionan un espacio de utilidad, y le reiteran la razón de existir como aprendiz, luego técnico comprometido, de igual manera se enfrenta a muchas limitantes, en este medio nadie posee hábitos de lectura, por lo general a las Bibliotecas se les instala en locales adaptados mas no con la condición propia de su estructura, no obstante con la exigencia al mismo tiempo de brindar un mejor servicio, ésta es cada día mayor y su influencia para difundir una política bibliotecaria o de educación es mínima.

No importa, por tiempo sin fin el Bibliotecario se esfuerza en su deber y no vive de lamentaciones, mas bien es activo y le otorga un espacio a la creatividad, cree en él mismo, es propositivo y no se limita a señalar los defectos de los demás. A lo largo y ancho de su trayectoria desde siempre ha procurado moverse en un marco de referencia tal que, el ser crítico y autocrático de las proposiciones propias y ajenas aún cuando fueron éstas reexaminadas en más de una ocasión a la luz de los propios cambios que impone esa misma realidad, le ha permitido buscar sin descanso el proyecto de una sociedad más libre, justa y digna, como la alternativa que emplea para subsanar por cierto a los males sociales, con el método que ayuda a descubrir, reflexionar y adquirir conciencia sobre los procesos internos y personales de adquisición y manejo del conocimiento.

Para tal efecto, está consciente que hay fichas impresas con temas medulares como por ejemplo, qué significa aprender, en qué consisten estilos y estrategias de aprendizaje y técnicas específicas para trabajar con distintos materiales didácticos que cubren las habilidades y áreas de la lengua, la comprensión auditiva, lectura, expresión oral, escritura, gramática, vocabulario y pronunciación, todo ello en medio de sus libros especializados, enciclopedias, novelas, cuentos, diccionarios, mapas, diapositivas, audio casetes, videocasetes y software didáctico, así como discos multimedia, entre otros equipos de cómputo y de video y recepción de canales vía satélite.

El Bibliotecario que conocemos no se queda sin embargo, con la idea de proponer, es más sencillo para él concluir –hagámoslo- no tiene miedo de hacer vivir la idea –porque que tal si otro se la adjudica- no da cabida a la envidia, en su conducta laboral no vale para él quedarse atrás, procura con esfuerzo ganar siempre el espacio que supone él merece, y reconoce que en todo libro hay algo nuevo, por otra parte, tiene presente de que cuando se habla de su persona y de su aspecto, inmediatamente nos viene a la mente la imagen de un viejito o una viejita, escondidos tras de sus gafas y cubierto con un velo o con una barba de conocimiento, pero –siempre hay un

pero- por lo general es poco accesible a la conversación, le gusta el silencio, es ajeno y casi alérgico a la risa es tal vez, tan frío como un monumento.

No obstante los tiempos actuales de indolencia ciudadana, hay lugares donde todavía se les llama grillotecarios y solo porque forman parte de un sector pensante, inquieto, emprendedor, al que acaso le hace falta un poco de organización y comunicación, es sin embargo en la derrota altivo, pero humilde en la victoria y lucha con probadas dignidad e inteligencia, en un esfuerzo por recuperar el espacio que merece, en la actualidad es algo así como el custodio y resguardo de la memoria humana, es como el difusor del conocimiento, es sin duda el puente que disipa el abismo entre la ignorancia y la inquietud de saber, en donde encontrar el cómo hacerlo, es el guardián de las palabras, el vigía de la senda del conocimiento, es sensible por convicción y entiende más que nadie que generalmente la gente va a la Biblioteca por necesidad y ahí está él, haciendo surgir el deseo de ir a ella por el placer de leer y aprender..., ahí está él diciendo con franca emoción - ¡muchas gracias!, por dispensarnos un poco de su tiempo, poderles ser de utilidad.

Ahora más que nunca, tal vez no logré el objetivo, pero me ha quedado la satisfacción, de haberles comentado al menos algunas de las tantas circunstancias que hacen del Bibliotecario particularmente distinto de aquellos que suelen hacer montañas de topineras, respecto de su desenvoltura y conducta laboral, se diferencia, sobre todo de aquellos que por el sólo hecho de vivir en esta gran ciudad, hacen consideraciones de alarde y presunción y luego asumen la apariencia indolente de endilgarle a la vida una responsabilidad que no es propiamente cortes y ciudadana en el mejor sentido, aquellos son los mismos que, como “abejas haraganas” figuran en la vida, haciéndose notar con un sólo propósito, el más importante, según su criterio, andar dando tumbos por la vida, buscando acomodo en lo ruidoso de la ciudad, soslayándose a si mismos, sin caer en cuenta que siempre han de estar solos aún cuando vivan rodeados, entre millones y millones de seres.

Desde la Tierra Caliente y Nación Campesina

A pesar de que en teoría el sistema en que vivimos es una federación de Estados Soberanos, en la práctica, la concentración de las decisiones administrativas y el poder político, así como la capacidad económica y educativa en el país, ha reducido a los gobiernos estatales y municipales a meras delegaciones del poder central, sin oportunidad decisoria suficiente, con lo cual se puede concluir que, a pesar de vivir más de cerca los problemas de la entidad, no hemos estado aún en condiciones propicias para solucionarlos, debido sin duda a la carencia de recursos económicos, de información adecuada sobre el medio físico y socioeconómico de la región estatal en cuestión, por citar una, la Tierra Caliente, en Guerrero, así como los métodos para obtenerla y manejarla en beneficio del pueblo incluso porque no se cuenta con los elementos básicos para realizar la planeación de su propio desarrollo, por la incapacidad de los sistemas existentes para mantenerse actualizados, por la carencia de información sobre el uso agrícola actual del suelo, por el desconocimiento de las características climático-fisiográficas del Estado y por tanto, de su potencialidad.

En nuestro país la historia nos dice que aquellos pueblos que han logrado un adecuado desarrollo no han escatimado en recursos para conocerse a si mismos, y por tanto los diferentes caminos que podían recorrer para alcanzar sus metas.

De este modo, ha más de un centenar de años después del reparto agrario, las incertidumbres sobre el estado actual de la tenencia de la tierra en el medio rural y la potencialidad real del campo, nos muestra el alto grado de confusión a que se ha llegado, con la consiguiente poca efectividad desde el punto de vista de producción y justicia social, situación que, sin duda ha de ser urgente corregir.

No obstante, si coincidimos en que, en nuestro país se cuenta con suficiente territorio susceptible de aprovechamiento agrícola y de pastizales, entonces no aceptemos sólo por hacerlo, el hecho de tener que recurrir a cada vez mayores y más costosas importaciones de grano, por otra parte

no es posible soslayar la grave realidad social de haber “otorgado” certificados de miseria a miles de familias, arraigándolas a parcelas sin esperanza solo por el efecto combinado de su baja o nula potencialidad agropecuaria y la reducida extensión de las mismas, con lo que además la nación ha desperdiciado desde mi entender los recursos humanos, representados por cientos de miles de hombres a lo largo de los años.

El desarrollo de nuestro país no es, ni podrá ser, el resultado del decreto de ninguna autoridad, sino la cristalización de la vocación de superación de una sociedad, logrado por su esfuerzo coordinado. Entre los requisitos indispensables es bien cierto, para que el país planifique y logre conseguir su desarrollo económico y social, es necesario contar con información precisa, veraz y pública, en forma de flujo continuo en ambos sentidos, que permita, por una parte a los habitantes de la nación campesina conocer las condicionantes reales de los problemas que afrontan, y por otra que facilite a los responsables de coordinar las acciones fundamentales, conocer el pensamiento colectivo, de modo que los planes y programas vayan encaminados al logro de los objetivos que la sociedad en su conjunto realmente se propone alcanzar.

Al analizar las grandes carencias que nuestro país enfrenta en materia de alimentación, salud y empleo, debemos cuestionarnos, cuánto de esta situación se debe a una carencia real de recursos en el país y cuánto a la falta de organización y eficacia en las acciones gubernamentales y privadas, como resultado de un proceso de toma de decisiones que no cuenta con la información adecuada, que permita evaluar los alcances de diferentes alternativas de solución para un problema dado. Un ejemplo de singular importancia me parece, en el desarrollo del país, y que ilustra lo expuesto, es el relativo al problema de la Reforma Agraria y la baja productividad del campo.

En su tiempo, como producto de la miseria campesina, la Revolución Mexicana, produjo la Reforma Agraria, como un proceso antiguo, que estuvo sometido desde sus inicios a grandes presiones políticas y sociales, las que combinadas a la falta de recursos técnicos y muy importantes intentos legales que hubieran asegurado desde entonces la eficacia productiva del proceso agropecuario. Ya desde su primera época revolucionaria se decía al efecto, “que antes de la adquisición de una hacienda, se hacía preciso, la construcción de una obra hidráulica de irrigación en un terreno apropiado, hasta entonces se procedería al fraccionamiento del terreno en lotes de ocho hectáreas; según los estudiosos del sistema agrario, que se venderían a los campesinos en condiciones favorables de pago”, pretender en ese entonces hacer lo contrario, sería como comenzar una obra por el final... Pero más que por el final, la Reforma Agraria Mexicana comenzó por donde pudo, no era posible ya esperar, lo que estaba en juego y se pretendía asegurar, era la paz social, lo que importaba, más que el incremento de la producción agropecuaria. Esta crítica situación, llevó consigo algunos problemas como la falta de deslindes y replanteo de linderos, carencia de certificados agrarios y de títulos de propiedad y el desconocimiento de los recursos naturales de las tierras que se otorgaban, y en consecuencia, su calidad productiva. Los errores topográficos y administrativos dieron lugar a dotaciones duplicadas de los mismos terrenos y por tanto, a resoluciones presidenciales contradictorias y otras que, alejándose de la honestidad, habían dotado a personas cuya ocupación no era la agricultura y despojado a los verdaderos campesinos.

Otros problemas inadmisibles en un país como el nuestro que, si bien dista ahora de ser el cuerno de la abundancia y que no obstante, cuenta con condiciones geográficas y territoriales privilegiadas, nos hacen considerar que, el vehículo que prometía llevarnos al desarrollo estaba ya siguiendo un camino muy escabroso, dado que cada vez consumía más combustible para lograr cierto movimiento.

Pero, ¿por qué estamos en este camino?, será que el pueblo de México, conductor del vehículo, no cuenta con un buen mapa del territorio que intenta cruzar y por tanto, no conoce las rutas alternativas y sus características, de manera que pueda realizar un plan de viaje o ¿quizás desconoce sus propias carencias y habilidades como conductor?

Al efecto, los enfoques fragmentarios nos deben todos ser útiles para buscar alternativas, pues el tiempo ya ha llegado, de superar los limitados puntos de vista solamente aplicados hasta ahora, en materia de captación y manejo de esta información específica, después de todo, lo que está en juego y que no es de poca monta, no es sólo la eficiencia, no solamente la oportunidad de transformarnos, de una sociedad ignorante e indolente, enajenada y apática, en una sociedad consiente organizada y participativa. Sin duda para entonces lo que se conoce como auténtico federalismo se verá fortalecido al combatir al colonialismo interno que ha propiciado que los recursos de las Entidades Federativas, no sólo sean usados para su propio desarrollo, sino para el de sus comunidades. Porque es bien cierto por otra parte que, al llevarse la técnica más cerca del lugar de los problemas, se lograría mayor eficacia y mayor soberanía estatal, entendida ésta como la aceptación y cumplimiento de las propias responsabilidades.

Estos pudieran ser acaso los primeros pasos que pueden darse de inmediato, al efecto de encontrar la solución a los conflictos de la tenencia de la tierra a través del conocimiento de la misma, lo que redundará en mayor tranquilidad y eficiencia en el campo, los pasos subsecuentes que comprenden la proposición de establecer estas condiciones a nivel nacional, se basa no sólo en la conveniencia de propiciar la desconcentración administrativa, de frente a la probada ineficacia, que intentos de solución centralizada han demostrado a lo largo de muchos años.

Sin embargo, la realidad que tenemos es una, aparece de frente y con un sólo rostro que, se hace presente con rasgos aparentes de ingratitud, acaso entre las llanuras que se visten con un zacate que por más que le quita la humedad al clima, el pobre no alcanza altura plena, sólo porque una niebla extraordinaria que desde a media noche comienza después de apretarlo, enfriándolo, hasta convertirlo en un simple pajonal vellonero; o como decimos, allá vemos marceros entre el macizo montañoso donde, los pastizales disgregados forman parte únicamente de los mogotes y hoyos que, nunca dejan al surco alcanzar su propia rectitud y concierto lineal en la arada; o como apuntamos luego, al fin y al cabo, las cordilleras que, desde lejos se alcanzan reducidas, a los lados parecen diseminadas, o de plano si las vemos de frente, se dicen renovadas, desde cualquier ángulo su depresión intermontana da origen a las barrancas acuíferas, las mismas que a mayor antigüedad tienen ya sus fisuras y vesículas parcialmente llenas de depósitos aluviales.

Por eso, y de frente a esta realidad única, sólo los restos de lo que fue una población conocida como la de los tarascos sureños, hoy día en la tierra caliente nos quedan incluso las yácatas y todavía se las puede uno admirar localizándoseles extendidas y dispersas en nuestro inmenso territorio de ciénegas y cañadas, rodeadas y divididas por la población mestiza, donde cuya enorme resistencia monolítica les ha permitido sobrevivir, acaso porque nunca nos hemos explicado su origen bucólico o porque de plano hemos por siempre desconocido la naturaleza de su hábitat, relacionado su aspecto natural con la producción agrícola.

No obstante y coincidiendo con aquello de que en realidad dicen los que saben que, según allá en el occidente de nuestra República, partiendo de la gran ciudad capital, eran las tierras ricas en minas de plata y las más altivas con sus agrestes sierras, que eran fuentes de oro, y estos y otros lugares del metal por excelencia el cobre; distinguido por sus copiosas frutas tropicales y un suministro de materias tales como la miel, cera, plumas y pieles, en medio de los territorios hoy nombrados como el de Tierra Caliente. No sé, pero en realidad dicen los que saben que, según allá al occidente, se encuentra una zona que hace a la región de la Tierra Caliente, que es la menos explorada, pero luego por otro lado se dice también, que esta zona tenía una cultura muy desarrollada, que sus pueblos cultivaban desde los primeros tiempos el maíz y que lo molían en metates de piedra, que conocían las técnicas metalúrgicas del cobre, y que hasta practicaban con un estilo sobrio en la forma, la recolección, la caza y la pesca, y que todo lo bueno era cosecha, al fin y al cabo por mi parte digo sólo lo que acá decimos que, los de pobre entender tenemos conocimiento, que somos los casi todos; por eso preferimos concluir, que, por cierto esta vez, si damos ocasión de decir a las únicas y más hermosas testigos del sur, entonces acaso y si pudiéramos si es posible recapitular, sobre el asunto, siempre y cuando analicemos la razón de lo que viene a cuento. Otra suerte pudiéramos tener para entonces, vamos pues, si no hay

inconveniente, a otorgarle a las montañas sureñas, a las que inseparables son pertenecientes a una misma cordillera, el derecho de decir para que con su expresión irrefutable en estos menesteres de contar, que digan lo que les consta y nos den sus razones porque así lo han visto.

“Yo no sé nada, pero cuando mi pueblo de nación campesina tuvo la intención de organizarse comunalmente, con suma crueldad y coercitivamente le obligaron a mantenerse en una sola posición, inmovilizado, aún cuando en los campesinos se advirtió la justicia para lanzarse a la rebelión, porque inclusive por aquellos tiempos, éramos los pueblos de nación campesina los que constituíamos el grueso de la población, en aquella época no nos dejaron otro camino que el del intento de resolver las cosas y dificultades comunes nuestras, conforme a un modelo desconocido, pero que según los abuelos le quisieron llamar algo así como poblaciones regionales, pero que nunca se propuso como a un Estado, por lo menos entonces, así fue, de ahí que, ahora tengamos la frase común y corriente muy de cerca nuestro, “a los grupos étnicos indios”, cuando desde entonces podíamos habernos referido al esquema y carácter que el mexicano asignó a los pueblos de nación campesina, tal vez para contrastarlos con el de población nacional”. Lo real de las cosas es que las montañas sureñas nos dan señales claras: de eso que llaman “el campesinado mexicano..., se extingue”.

“Pero esta no fue la regla, y tanto en la sierra como en la tierra caliente, el pueblo de pronto se encontraba formando parte integrante del crecimiento, eran quienes producían al lado de la violencia el pueblo de nación campesina con una serie de actividades productivas que, hoy se consideran como simples artesanías, pasaron a ser lo nuevo y quedáronle las muchas responsabilidades de seguir produciendo con mayor calidad y los pocos beneficios desde entonces, derivados de un comercio conducido por senderos de paz e igualdad en el trato con sus antiguos sujetos y vecinos. En su esfuerzo diario la agricultura es la ocupación básica de los habitantes de la Tierra Caliente, ella les otorga algo así como una mayor seguridad psicológica, porque les resuelve adecuadamente la ansiedad de alimentación, como en casi todos los pueblos, los que poseen la tierra la poseen escasa y dedican parte de su tiempo en la especialización propia del grupo local, son medio artesanos. Todavía sin embargo, es tiempo y utilizan el arado de madera y el tiro de los animales de trabajo, en los desmontes sólo admiten a la vieja tarekua o al azadón y el esfuerzo humano”.

A la sombra de las Atarrayas

... Y de cuándo la vi, ya no me acuerdo..., que se perdía en el silencio encerrado del manglar, eso es cierto, a la sombra de siluetas que se oprimían más al oscurecerse, no se me olvida, que sus cabellos se escondían indiferentes ante el sueño gredal de las atarrayas, eso si lo tengo presente; Sólo el viento que inexorablemente le perseguía, como que gozaba impasible de frente al desorden armonioso de su bata ajada, huía volando eso si lo se, que tal parecía olvidarse del tiempo en sus contornos y estribaciones geográficas, pero bien que se cuidaba de cuando regresaba, sólo para tomarle suavemente, envolviéndole en su delineada figura y en el etéreo imperturbable de un cielo azul y limpio, luego como que murmuraba caprichoso no sé qué, pero sin duda grave se enamoraba del abandono y la palidez de unos hombros que sobresalían ermitaños, ante la silente presencia de las avenidas y el arenoso extravío.

Desde que los helechos cubrían los pies de trigueñita, ella estaba segura de que los ritos se vuelven imprescindibles para preparar al corazón, por eso ya no tuvo duda desde allí que el tímido silencio, siempre que pudo, desde entonces alcanzó refugio en este derredor, siempre coincidió en que las voces del mar se trasladaron en el recuerdo y hacia la distancia, siempre estuvo consciente de que, cuando se fue, antes, se detuvo, llenando de calor un saludo... como animando las formas primeras de arbitrio y derecho a la elección; en ese tímido y aparente silencio le dijo que, después de todo el más elevado espíritu de cordialidad podría cobrar vida, siempre y cuando antes un rasgo aún imperceptible de su inteligencia se mostrara sonriente, todavía así no sería suficiente sin embargo, para procurar que la amistad surgiera toda de un solo brinco excelente como perfume de bahía, en tales circunstancias la condición acaso ayudaría al efecto de satisfacer los breves sueños y alegrías de la tierra y los vientos que le rodeaban, mas se

necesitaba entonces adquirir y cobrar la vida de todo aquello que configuraba a un atractivo y misterioso encanto.

De esa época suya ya el hombre del canaleta pajizo tenía un rostro lleno de preocupaciones, de cierto sombrío, su imagen se dibujaba a través de los trasmallos como solamente una alusión transparente, que avanzaba hacia el cangrejal; un poco de mirada punzante y cabellos violentamente enrizados, éste ya no quería ni pensar, trastejando con nudos alquitranados su cayuco, se detenía sólo de vez en cuando, para escuchar con cierta delectación el graznido del cormorán que vagaba en el arrebol como si nada, como si éste se compadeciera de un cansancio que aquel no sentía, como si únicamente existieran los dos solos, cuando se encontraron, tristes, ambos en medio de esta inmensidad de fatiga y soledad.

Trigueñita nunca pudo atar sus huellas, su paso entero sobre el gredal zozobró bajo la extinción de las olas, sólo vivía para ser una hermosa inmarcesible, para ser contemplada, sinuosamente toda ella, desde los esparaveles.

-¡Todos hacia levante!- Una voz y un fanal se hicieron notar; salpicando las aguas, embozándose después en las primeras algas marinas, los remos se distinguían, reduciendo así la lejanía, en un momento, el hombre del canaleta y caminar zambo apareció por fin, su rostro liso como guijarro, pretexto su sonreír se estiró, sólo porque algunos cuerpos se dejaron ver soslayadamente grises por todo el azul panorámico del muelle.

De nueva cuenta surgió trigueñita, la mujer que abandonaba la curva de sus cabellos impávida. Sus cabellos al viento y su mirada sonriente, cuando la palidez hermosa de una flor invernal adquiría en su cuello las tonalidades propias de la ilusión y el sosiego, se hacía para entonces preciso enlazar los pensamientos... entre zaguales su cadera que tiritaba, su sonrisa aparecía dando muestras de satisfacción inquietante que, a veces tan llena de motivos caprichosos; de tiempo en tiempo, su mirada parecía mortificar un rostro encantado en su expresión de niña. En el terreno albarizo, el hombre de botas grandes y raspadas apareció con su rostro disimulado, abajo la sombra de una gorra gris, casi oscura, con el nudo de su pañuelo y la reluciente empuñadura de un cuchillo atado a la cintura, parecía un monolito en medio de la nada. Trigueñita le vio acercarse desde la acera pronta al camino que se perdía a unos cuantos pasos; hamaqueando sus cabellos al ritmo de los vientos, como suelen hacerlo las palmeras, desordenadamente, que se mecían en el espacio abierto, se detuvo y tímida lo esperó.

-Trigueñita, este collar de caracoles y conchas marinas, hoy lleva en su ofrecimiento el murmullo de las olas y su cantar, la caricia de su espuma que, sin duda a besado tu cuerpo. Me pareces aún más hermosa, así como luces despeinada, eso lo sabes..., las manos del hombre, aranceladamente llegaron hasta el cuello de trigueñita, lentas por el soleado amanecer de sus brazos, hasta perderse estrechas en el cálido anochecer de sus cabellos, los caracoles también se perdieron en la infinita curva escote.

Ella veía a las aguas sumergirse, su mirada ahora ansiosa, a momentos precisaba de algo, tal vez el perfume de la brisa, o la caricia que huraña surgiera embriagada de sol y sombra, una caricia que pudiera volar en el recato de un sencillo y natural escenario, que huraña pudiera encontrarse con el desnudo de sus pies sobre la arena.

-¡Trigueñita!, Una vez más, este regalo lleva en su ofrecimiento, todos los días de fiesta y las noches de tibia quietud, siempre a mi lado, para que todos se enteren, para que vivas conmigo..., pero no terminó aquel, ella corrió, y no sé por qué, porque inesperadamente la brisa besó fugaz, la curva de su cadera.

El hombre del canaleta pajizo la observó desde siempre, ante su mirada aquella figura aparecía ansiosa, cada vez menos difusa. Él la esperaba, ella llegaba y tiritaba...

-Mira las caracolas trigueñita, desde lejos, mira, son como hijas del mar; tu cuello es más hermoso sin galanuras prisioneras.

-Siento miedo oiga, frío y soledad.

Ella aún se acercó más. Él la tomó de la mano, luego, caminado por ese mismo camino en medio del cangrejal, se perdieron. El cormorán apareció graznando en el ruido destrozado de las aguas, pero el hombre del canaleta pajizo ya no le escuchó, el viento y las olas se llevaron los caracoles que hacían el collar, las aguas de ese mar azul sin duda contaron con elocuencia de su extinción.

Palabras Seltas

Desde que tengo uso de razón guardo esta posición descompuesta en la baqueta de este asiento que me amarra para siempre, desde el principio hacia que también la gente me asustara, ahora sólo de vez en cuando me hace sentir mal, pero desde que esperan de mí, páginas y páginas con palabras aisladas que no producen sentido alguno, que a veces no tienen nada que ver con lo que debo escribir y que más bien cuando están agrupadas en frases, o acaso figurando como sustantivos, aunque no exclusivamente, asimismo, entonces pudieron darse verbos y adjetivos, no obstante y de cualquier manera me han avergonzado estos arrebatos verbales y luego por eso, un extraño furor se apoderó de mí y me ha hecho emborronar unas cuantas páginas con palabras sueltas que no he podido hilvanar, aún. Creo que ya no me siento inútil. Creo firmemente en lo que puedo distinguir, creo en el águila pescadora, creo en su liberación porque presencio la iracundia del viento en su sacudida, porque le diviso saltando de su nido y dando una vuelta aérea de saludo sobre el cabo, y le miro concluir volando hacia el Pacífico sin apresurarse; conquistando así el brillo turquesa con sólo agitar sus grandes alas.

Por eso, de esta manera, creo firmemente haber encontrado mi puesto en la vida; antes hasta la naturaleza me asustaba, ahora es distinto, porque ya puedo percibir el recibimiento que me hace esta mañana de abril, fresca y vivificante con sus matorrales engalanados de terciopelo verde, los mismos que a los reflejos del sol se admiran entrelazados a todo lo largo de la orilla, y más allá, apreciando en su justa medida esta sinfonía de agua, este bosque ribereño y con sus voces a las aves cantoras que llegan con su saludo hasta este mi lugar preferido; y más aún, ahora sin temor de errar en el camino, y ante este oleaje del agua que nunca tuvo tiempo de disiparse cuando aquella ave guerrera apareció de nuevo sobre la superficie del océano mexicano teniendo la alosa grande entre sus garras, para entonces estas palabras sueltas fueron figurando más aquí, preciso subrayarlo, que el aprendizaje mismo de alguna lengua extranjera en la propia casa, en una habitación, con un profesor, y con el apoyo de quienes en la ciudad vivimos alguna vez, y a cualquiera hora del día hablan como uno está acostumbrado a hacerlo; se trata también de reconocer que así como la vista aguda y el vuelo silencioso de la guerrera pescadora le ayudan fácil y rápidamente a ver su pesca a través del grosor del agua, aún cuando la esfera candente del sol se esconda atrás de las nubes, montañas y árboles se le atraviesen, y como tropezando con una barrera invisible la pescadora, temblando pudo y lo logró, sacó sus patas de garras y cayó como piedra en el agua violenta del mar... Se trata en igualdad de condición, de no olvidar más bien, que a frecuencia de escuchar el español por ejemplo, no sólo nos lleva recordarlo, sino que también da pábulo a muchas y nuevas motivaciones, dislocaciones, movimientos y reacciones; de tal manera que nos interese entender todo cuanto podamos escuchar, y esto es como todos sabemos, siempre lo más difícil es todo al comienzo.

Para mí a ratos, así lo vislumbro es como otra luz que en este momento parece ir opacándose y poco a poco va adquiriendo ese color suyo; por todo esto y aquello, ahora más que nunca, y en medio de este valle anegadizo, ya no me queda la menor duda de que las palabras están muy entorno de un tipo especial de apasionamiento.

En realidad se les debe reconocer, no se les puede descuidar ni olvidar, en la posición que uno quiera conservarlas, es preciso tenerles en un sitio, ellas siempre se mantendrán vivas y cuando menos se piense, nos podemos llevar una sorpresa, porque sin duda saltarán a la

superficie haciendo valer sus derechos como la pescadora que, casi tocando el agua sobre las olas, seguía volando, buscando su pesca embobada.

Así estas palabras, ya en forma conjunta, están demandando tranquilas, impertérritas, sin cesar en su lanzamiento sus aires de pleno derecho, su ámbito propio, como seres humanos; para hacer uso común con ellas en su escenario preferido; entonces tal vez les he acallado, tal vez les he atado a una trailla, y por más que les haya suspendido toda una suerte de caricias en secreto, a nivel público se han sentido solas, abandonadas y negadas.

No así la guerrera pescadora que de súbito como si fuese lanzada por un resorte, levantó el vuelo hacia los espacios grises de la brisa marina, y al plegar las alas, se echó en la apertura de las olas, allá donde, acabó de desaparecer de la vista, comenzó a bullir el agua, y aparecieron las puntas de las alas; batiéndolas trataba de separarse del agua marina con la pesca que fue superior a sus fuerzas, con el golpe fuerte de la cola, un pez decidió el destino del embate, pasaron los minutos, pero la pescadora o no trataba o simplemente no podía abrir las garras fuertes, alargadas y abruptamente curvas; a lo lejos, en el chapoteadero, cerca de la hondonada apareció la guerrera en la superficie del océano pacífico agitado. Sólo los oleajes frecuentes de por acá y por allá, decían del pez grande que se agitaba en la desesperación y trataba de quitarse a la amazona que se agarró tenazmente..., luego, como que se comienza a imitar hasta que los demás también nos entienden, en tratándose del inglés y de nuestro idioma a la vez, ocurre otra cosa con nuestras palabras por consiguiente, debemos cuidar que no se manifiesten a destiempo, debemos cuidarlas así, de otro modo, poquito a poco van siendo relegadas a un segundo plano, como si estuvieran atadas igual a la baqueta de un sillón; no extrañaré por tanto, si esto sucediera, que a momentos decidan vengarse y nos arrojen una granizada con palabras que han permanecido como yo, aisladas y jamás se han unido para formar sentido común alguno, y cuya embestida resultaría para otras personas tan ridícula que al final a mi me obligarían a mantenerlas preferiblemente en un secreto aún mayor que al de la muerte del águila pescadora del Océano Pacífico Mexicano.

Según la Voz del Viento y los Ruidos Callados

Esos troncos de *huisache* escondidos en el tepetate, en la distancia retorcidos y que a la barranca nomás se asoman, porque el viento en su vuelo parece apretarlos más al abismo arcilloso, como sombras insidiosas, esqueletos íngrimos, muy tristes y silenciosos, como sombras fugitivas; esos troncos nomás callados saben más que las aguas del arroyo, esas que se deslizan presurosas, como queriendo llegar antes que su propio escándalo a la hondonada, hasta entonces todavía turbias, como esperando a que las patitas finas de las arañas formen imágenes de arabesco cristalizado; saben más que la bermejiza luz, esa que se asoma en los techos con sus claridades pajizas, desde lo recóndito de las imbricadas tejas, hasta el interior de las casas grandes, éstos pudieran contarle más historias que todos los ruidos callados que llegan desde los empedrados de esas calles, para luego esconderse en medio de las pajas y las hojas que se lleva el viento y las va desmenuzando por los caminos reales de esta tierra caliente que se puede tornar parda después de un aguacero y quedarse después oreada en un olor así como a tamo.

Pero si usted acaso alcanzara esa empinadita vereda, podría fácilmente llegar por ese camino salitroso y a la plaza por fin la alcanzaría sólo por ese puerto bajo, entonces y casi sin preguntar sabría que Mariana llegó con su sonrisa de gran desenvoltura y que sin proponérselo, logró encaramarle a casi todos, alardes de presunción, otros que ya no son tan jóvenes le pueden asegurar, que apenas los gallos cantaban, ella se hacía cargo como todas las mujeres de este lugar, de que en la cocina los leños ardieran en el fogón, de que los tizones tronaran en torno del tronco ennegrecido, de que las flameantes lanzas se proyectaran por último en las quebradas sombras; todo, bien cierto pues y necesario para preparar el almuerzo, al fin y al cabo se hacía esto todos los días de cuaresma y temporal, con los preámbulos solemnes de la lumbre desde luego, así como el repicar de las campanas cuando se echaban a vuelo dolientes, que ella también sabía con rectitud cubrir con un rebozo de seda ajada su rostro y se encaminaba a la iglesia, pero de que ella jugaba con los niños, eso era cierto, de que éstos le querían mucho no sé

por qué, todo eso le dirían en primer lugar y, de seguro algo más..., que es bonita, pero ni haga mucho caso.

Yo también me acuerdo de ella, pero como ya no quiero hacerlo; averigüe en el pueblo, a lo mejor allá si le dan razones claras, aquí venía solo a encontrarse con los lirios, a bañarse con las aguas zarcas el limpio anacarado de su rostro, estas mismas aguas ahora son las que se precipitan en sus corrientes desde la sierra, luego ondulantes y perezosas las que se remontan en los agujajes, las que en su esparcimiento parecen atorarse en su propia densidad, pero son las que únicamente están buscando curvas, como preparándose, para enfilarse graciosas y perderse en sus propios escurrideros; estas aguas que nunca vi, detenerse no sé, si que enjugaron la tersura de sus cabellos, además, son las únicas que dicen que, ella siempre sonrió a su caricia, pero a momentos que se escondía entre las flores de reseda, intentaba delante de ellas, casi siempre llenar sus manos con todos los azahares de la lluvia.

Como acordándose de algo, su mirada se iba hasta donde las piedras van asomándose en los pie de cerca, como buscando algo, no sé qué, sólo se iba, sus rasgos se transfiguraban, parecía triste, se inclinaba y sus cabellos llegaban lentamente hasta los junquillos, sus manos se quedaban escondidas en una entera composición policroma de flores silvestres, y las enredaderas se desplegaban sutiles en la curva infinita del anochecer de su cabello.

Ella decía para sí misma: "les quiero lo que al sol y al viento".

Y porque no era de aquí, llegó por donde todos suelen caminar, bajando y de cuesta arriba, en un día entero y casi sin descanso, por los caminos que se ven y por los que, a lontananza se pierden; de lo que si estoy cierto es que a ella le gustó esta tierra caliente.

Ahora, cuando llegue ni siquiera se entretenga con los encuentros, porque hasta las calles por acá a veces se entretienen platicándole no sé cuanto, tampoco preste atención a casi nada, ni se asombre si el morral, la leña ardiendo, las jáquimas y los ayates que suspenden del horcón, quisieran decirle algo, es probable que más allá de las cercas de piedra, después de alguna puerta aparejada con trancas y a la sombra de camelinas, le grite a usted el filtrador encimado, y la jícara rebotante le hiciera algún guiño en el preciso momentito, cuando enfrían a un suelo bien mojado, ni se detenga, es nada menos que la forma de vestir a los caminos de por acá, un sedimento desperdido y liso; no es el suelo que llaman de barro alfarero, es solo el camino de tepetate.

A lo mejor se entretiene de nuevo con ese viento que sin hacer ruido se repega a las bardas de adobe y juntito se escurre por las rendijas y prontito se mete respetuoso y se acomoda a escuchar las historias de los viejos y a oler el chocolate espeso en las casas grandes; pero ni se impacienta, al fin que, a su alrededor siempre habrá algo que se le escape de la realidad.

Después de todo, usted no tiene ninguna necesidad de escuchar el respirar del viento, o de perder su tiempo con los agujeros que deseen hacer acto de presencia y robarle su atención y en su apariencia se hundan más así nomás por hundirse, como si buscaran un espacio interior en el vacío oscuro de las casas grandes.

Pero si lo que realmente quiere es saber de ella, entonces aténgase a las miradas que se cruzan extrañas, que se esconden en los corredores de la plaza y que le encuentran cuando usted menos se lo espera. Si le preguntaran, porque es casi seguro: ¿cuándo se va? Ni se mortifique; así se sabrá a qué vino usted. Ni pregunte mucho ni responda a tantos, que esto sea sólo una señal de bienvenida, sólo un mero saludo para usted, porque ni aunque los ruidos en su zarabanda pajosa se asomen para bien advertir el acento que tiene el aroma local de esta tierra blanda, tan dispuesta a colarse en apenitas nubecillas de polvo para ir rizando a las varañas, o sólo para esconderse en los troncos color de humo; ni con su presencia haga actos de permanencia en esta tierra caliente, recuerde que esta puede ser una tierra donde todas las cosas que se sueñan pudieran existir, y si no, mire usted a la distancia, aquellas formas concéntricas que forman los perezosos encinares, bien se les puede reconocer como a una zona distante, donde sólo niña

Mariana vislumbrara el hechizo de un encanto misterioso; en el momento que ella aparece el hechizo se hace presente a la luz nítida de los cielos azules; que ella siempre se perdía sin embargo al internarse, en la trascendente fragancia de los mirtos, pero que estaba aquí, y el vuelo de su falda desde lejos parecía desbalagar como solo una imagen difusa que, inadvertidamente quedaba construida en medio de esta atmósfera antigua, pardusca y a veces patética.

También los ruidos dicen que mientras sus cabellos volaban al sol como jugando, ella se detuvo con las aristas del rastrojo, constató de su intención de vuelo desde los pretilos hasta las soleras, tal parecía que ante su mirada más se elevaron a la distancia ingravidas, como huyendo de su propio remolino, hasta el último reducto del tapanco que, de tiempo en tiempo sus cabellos parecían detener su huida, sólo para dejarse llevar por la seda ajada que cubría su rostro, que, ella cerraba los ojos al tratar de tomarla, cuando sonreía casi la tomó, pero que detuvo la mano en el aire como sorprendida de sí misma y de su intención; que su aspecto era de infinito asombro y de una ternura a los que ya no se les puede encontrar ni siquiera en el gesto de un sentimiento satisfecho, menos en el amor, aún cuando no se sabe de este éste exista pues.

Pero en la mañana de aquel domingo se pudo por fin, distinguir el peinado severo de una joven, alta y lánguida damita que a través de la baranda forjada de madera, parecía lucir con desaliño, semejava solamente una imagen gris con un rebozo puesto a los hombros; se manifestaba así en medio de la soledad, como con un desmesurado afán por esperar tal vez, a que la mente se desenmarañara desde su adentro, para encontrarse a sí misma en medio de allí, donde todo es importante, donde todo suele ocurrir por primera vez: recordar el último momento triste con entereza, el primer motivo de alegría con rectitud, o como concediéndole espacio al tiempo y recordar una conversación inconclusa..., ¡y qué lío!, como si en aquella mecedora hubiera preferido alejarse más al pasado; pero que a esa hora cuando el viento se apretaba a su paso casi frío, su rostro de canela y rosa me pareció atento, serio y lleno de amor, tal como el día en que cerrando los ojos parecía fantasear esbozando una sonrisa, y mientras que un mechón de cabellos se escapaba por un perfil hermoso, sus ojos parecieron guardar en aquel atardecer, el misterio de un color café; y Yo, que delante de ella me hallaba como avergonzado, un tanto serio, cuando me dirigía la palabra le sonreía con una sonrisa simple, a veces como si buscara mis ojos decía: ¿A dónde irás ahora?, luego sería y pensativa: ¡Somos aquí tan felices! Suspiraba afligida: ¿Tú querrás venir mañana con nosotros hasta dónde vallamos?, pero ella al final nunca concluía, con que una sonrisa tersa se retiraba a su habitación, donde le aguardaban sin hacer ruido, las tijeras, los dedales, las flores de cristal y los minúsculos muñecos que limitaban el contorno, como conformados en una ilusión transitoria del buen tiempo que les ha rescatado de la locura del cromatismo.

Que ella apareció desde su ventana, con un rostro discreto, que fijaba su atención en los terrones de arcilla petrificada que estaban llenos de diminutos mosquitos, y que le hacían recordar el polvo gris de las calles; estoy seguro, ¡qué a gusto estaba Mariana!, el silencio era tan intenso que si una cigarra le hubiese cantado a los últimos rayos del sol, no me queda duda, se hubiera escuchado también como que al mismo tiempo tímidamente se callaba, como asustada de su inesperada voz; y del mismo modo estoy convencido, se hubiese percatado ella de que las abejas también volaban apresuradas recorriendo sus propiedades con aire y moviendo con descontento sus finas antenas: de que su encuentro particular con la primavera no era sencillo, pero que ella con paciencia e indiferencia tales, parecía tumbarse de espaldas en la mecedora y contemplar el cielo inmóvil de color azul intenso, un cielo que no conoce límites ni confines; oliendo agradablemente a hierba verde, y que tan cercanos parecían dichos olores que inmediatamente surgiría el deseo de disolverse en ellos, de desaparecer para no diferenciarse de un tallo o de una flor.

Que ajena estaba desde ahí al tumulto, a los ruidos de la calle, sólo ensartaba la aguja con sus dedos bien seguros, como si entonces su atención no pudiera fijarse en nada que no fuera aquella idea prevaleciente, bordar sobre un nuevo mantel las iniciales de costumbre con un motivo diferente; que asimismo, en el lenguaje de sus ojos había un tema que destacaba, y que los ritos iban surgiendo a través de mil facetas iridiscentes, el punto se perfeccionaba más y poco a poco

su mirada adquiriría rasgos de paz, en el nacimiento de aquel primoroso relieve bordado; y que, sólo yo que le conozco podía advertir en su tenue, imperceptible palidez.

Le dirían que a veces sentía muy hondo su indiferencia que me encogía y me dejaba helado, y que esa casa grande y cómoda se me antojaba estrecha, cuando ella expresaba su alegría expansiva, que su voz era de tal acentuación agradable que llenaba todos los rincones.

Y que a veces yo procuraba no aparecer ante su mirada, porque cuando esto sucedía, una sonrisa se estrellaba en los fragmentos de la incertidumbre.

Que cuando mirábamos hacia el arroyo, las formas de las arañas se hacían más vagas, a lo lejos semejaban naves sombreadas de inconstante equilibrio, que se movían ora a la derecha ora a la izquierda, avanzando a brincos, y Mariana, sin poder soportar esa desagradable marcha prefirió jugar un serio que tal vez vendría de mí, aunque hubiera preferido que el reto fuera suyo.

Y la verdad es que ella estaba triste, y Yo me había dedicado a fantasear mirando de sus ojos, no a sus pupilas y su retina y su iris y sus pestañas, sino el lago de sus cejas.

Que sus cabellos de niña escapaban al vuelo de los vientos y su rostro de infinito asombro adquiriría a momentos, rasgos de esbeltez y gentileza.

Que al fin sacando valor de no se donde y mirándole a los ojos le dije: --Mariana eres muy hermosa--, que le miraba largamente y me daba cuenta que, ignorante de mis propios sentimientos, quería confesarle que de un tiempo acá, ya no me prestaba tanta atención, que mis ojos sin duda mendigaban ayuda.

Y que no decíamos nada.

Y no en un acto de ira o de rubor, sino más bien en contra de mi voluntad.

-Nuestra amistad, esta que estoy sintiendo con toda la fuerza de mi torrente sanguíneo, a mi vida le ha otorgado sin condición una buena época- aseveró cortésmente y guardó distancia, pero la voz se le quebró.

¿Por qué dices eso? ¡Tú tendrás un lugar siempre aquí, en mi pensamiento!

Y entre aquellas pausas que se volcaron indecisas con palabras apresuradas, ella un tanto seria, como buscando la brisa entre la reseda y las amapolas..., -si me aseguras piensas mucho en mí, ¿por qué entonces, no intentas vivir a la altura de mis esperanzas?

-Me gustaría volver a encontrar antes que nos abandonen, si tienes que abandonarnos, a mi amiga de la gentil sonrisa.

-“... Y hay misterios por todos lados”, ¿no crees?

Y de que me acuerdo eso sí, que mis labios dibujaron las únicas palabras que vinieron a mi corazón: ¡Oh Mariana, Mariana!...

Y que todo esto, sea para usted algo así como la voz del viento y los ruidos callados.

Lumbre de Temple y Forja

Cuando estos vientos mareros del Sur se apaciguan y se vuelven lentos en el pastizal, cuando se encamina uno y de esta tierra se alcanzan sus montañas surianas, es como si se advirtiera el momento en que se detienen, como si se observara la tersura de actividades ígneas, pero que a simple vista no se aprecian como tales, aquellos que anteceden a la obra adelantada

que unifica, es la hora en cambio de dejar constancia, con la lengua que se desata en la urna, de reconocer que tuvimos oportunidad de divisar al menos a la democracia como una luz en el cielo.

En este intento por explicar, hay que decir que hubo un tiempo en el que se pudo aproximar a la idea que racionaliza lo cotidiano en los individuos, a través de un proceso que la condición ofreció sin cortapisas, para que así surgiera, la posibilidad de arribar a un proyecto de alcance político que puede ser de grupo, de sector o de clase; en tanto es conocido que todo individuo realiza sus actos prácticos con arreglos hacia fines o proyectos que guían o determinan a los mismos, independientemente y que de dichos fines resulten de actividades acordes con la idea que antecede, por lo que no hay dificultad para aceptar que todo acto en lo individual es consciente, pues es precedido de una idea de cómo realizarlo, aún cuando dicha idea sea completamente propia para el individuo mismo.

Aclaro que, el asunto de las ideologías y su influjo en el pensamiento y actividad del individuo, son tema inevitablemente inmiscuido en el campo de la particularmente “psicología social”, ya que ello tiene que ver con la conducta o comportamiento de los hombres, pues no hay acto humano independiente de una idea previa para realizarlo. De modo tal, que esta afirmación consiste en plantear a la ideología política como una visión de la realidad compuesta de creencias, juicios de valor y actividades que recogen y expresan intereses concretos de clase, incidiendo o guiando cada acción humana en una dirección práctica determinada.

El asunto no es de hoy, ni siquiera de un ayer, aún cuando esta formulación aparezca como resultado de un no sé qué, y más bien como un acto de valor carente de voz, es decir, de capacidad de decisión, más bien que procede de la noche primitiva de los tiempos. En aquellas comunidades atávicas que surgieron de los estrechos nubosos y se establecieron con una división de poderes rudimentarios, pero con el tiempo y la civilización de aires renovadores, acompañados de la afirmación de que también la mujer tiene cerebro, por eso, la misma estatura de aires renovadores se ha cuidado de afirmar que ella está más allá del oscuro fogón y de la cocina.

Se vislumbra entonces con perspectiva, ahí la figura de su silueta, con la única posición donde cualquiera puede seguramente alcanzar algún terreno en el imparcialismo democrático.

Aceptemos entonces que hay, en efecto, una condición que permite incursionar en las filas de la neutralidad ideológica: “yacer varios metros bajo tierra”, incapacitados biológica y socialmente para hacerse percibir por los demás. Pero seguramente seríamos desmentidos si se nos recordara que a propósito de los luchadores caídos, el saber popular suele repetirnos, “hay muertos que nunca mueren”.

En cambio, no basta ir dando tumbos de crisis en crisis, dejando más que sólo ruinas a nuestro paso. La respuesta luego no reside en calmar ánimos, sino en acorralarlos, no en obligar a la austeridad, sino en fomentar el crecimiento. En obligar al compañerismo democrático, a ser más responsables y darle poder al productor agrícola y a las democracias.

Es pues hora ya de coincidir, como en el medio de la labor conjunta, ahora surge una luz que jamás ha conocido la vida como tal, para conquistar a las imágenes del rastrojo y la cosecha eufórica, es hora de ver a la vida desde una forma única, como sólo un limitado concepto para poder definir que allá en el centro de los aromas, había vivido con sus sentimientos, la belleza huraña de la mujer a la que no se le había reconocido porque es luego como todas, en la región de los vientos de nubes, y porque sin saber se parece a la que puede convertirse en lumbre de temple de ideas revolucionarias, así como en la forja de acciones democráticas.

Érase de abril los vientos tempraneros, los que según su destino y camino señalado al filo de las orillas, los que en el campo de almendras susurran, los mismos que en el andamio de las flores comparecen como testigos del concurso de elección, así se distinguen, entre otros, acompañando a la mujer que más allá de lo que se pueda apuntar, se caracteriza con su sonrisa de gran desenvoltura, donde se levantan los montes floridos y los caminos que, de oscuras y

hormigonadas anchuras se dejan ver, ¿cómo?, no sé, pero ha más distancia, más oscuras, más brillantes y siniestras culebras. No así los vientos lisos que atraviesan partiendo con sutil frescura una fiesta de elección, colocándole como motivo de derecho, al pie de la angostura, y ubicándose a la orilla para no hacer ruido con su presencia, a la sombra de la oquedad como hacen los observadores con educación política.

“¡Vivimos en pueblos diferentes pero nos enfrentamos a las mismas dificultades, a los mismos trabajos y tenemos que pelear las mismas batallas! -¡Todos estamos luchando para asegurarnos de que los valores humanos sean respetados, en una economía que es, de alcance nacional, y que es más implacable que nunca antes! ¡Estoy ante ustedes este día, porque el movimiento rural entre nosotros decidió no resignarse a petrificarse y morir, sino a cambiar y crecer! -¡Estamos luchando por ganar en las decisiones que conforman sus vidas, desde el barbecho hasta los beneficios! -¡A la vez, estamos procurando contactos con nuestros hermanos de clase en la cuenca del sur, para juntos llevar a cabo nuestra misión común, más agresiva e imaginativamente que nunca! -¡Queremos trabajar con nuestros compañeros de todo el movimiento y nación campesinos, con nuestros amigos productores agrícolas, con nuestros aliados democráticos y amantes de la libertad, en toda la medianía y a lo largo de la región estatal! -¡Todo esto así dibujado podría parecer un sueño imposible, pero en nuestros tiempos hemos visto el poder de una idea cuyo tiempo de madurar le ha llegado, lo vimos en la región de la Tierra Caliente, hombres y mujeres están luchando por defender su dignidad, ante aquellos que conocen el precio de todo y el valor de nada! -¡El camino es largo y espinoso, las trampas son muchas, los defensores de los privilegios resistirán con todas sus fuerzas! ¡Pero no nos engañemos: se está formando una marejada con la gente que demanda justicia, cuando la gente se reúna más allá de sus rancherías, incluyendo fronteras de cultura y credo, entonces tendremos asegurado el triunfo! -¡Juntos podemos construir un camino a imagen y semejanza de nuestros más caros valores y de nuestros sueños más sublimes! Un mundo en el que los niños puedan reforzar sus mentes en sus salones de clases, en vez de forzar sus músculos ante el azadón o ante la piedra. ¡Un mundo en el que todo hombre y mujer puedan trabajar con dignidad unida! ¡Un verdadero vecindario regional en una humanidad nacional!”.

Así es como en el monte de almendras florido, se define el oscuro murmullo de los vientos sureños, el asunto que no es de hoy, ni siquiera de un ayer, sino más bien es algo que lleva consigo el resultado y la conclusión de una muy modesta formulación que aparece figurando, seguramente y como un canto del monte florido, a la sombra de la oquedad, en la voz de una mujer, en la lumbre de templar de ideas revolucionarias, así como en la forja de acciones democráticas.

En la mujer que es algo así como la luz del cielo.

Cómo hiciera

¿Cómo está?, ¿cómo le va?, mire usted, estos suelos quebrados le han de pintar la naturaleza de la base un tanto pajosa sobre la que descansa la atmósfera de la Tierra Caliente, su latitud geográfica y su altitud sobre el nivel del mar, que determinan el clima calificado de caluroso por sus habitantes. Las descripciones geográficas de los siglos pasados y las observaciones meteorológicas actuales coinciden en caracterizarnos a la tierra caliente como un pueblo y una región de corte geológico parecido a una lámina superficial formada por acarreos aluviales y eólicos; una capa subyacente constitutiva por depósitos cineríticos; enseguida, un lecho de basalto poroso; luego, otro de basalto impervio; y abajo, el manto audeítico. Esta geología aparentemente hostil ha producido tres tipos de suelo: el tupuroso, marga arenosa fina de valles y laderas, y el charadoso o rojo arcilloso de los declives de nuestra referida región.

Por otro lado, en las huellas de sus calles, llenas de enigmas, todavía se puede localizar lo que por acá reconocemos como más que razones señas, atrás de aquellas formas pétreas que atestiguan, junto con las piedras amontonadas, es cierto que en mi Tierra Caliente no existen ángulos agudos en su geografía, más bien cuerpos concéntricos, como líneas achatadas que giran alrededor del sol, como el rostro ovoide que muestra la copiosa fruta, por mi parte le aseguro que,

en las palabras de los habitantes, es posible alcanzar toda una suerte de acentos que adquieren sin hacerlo notar, rasgos plenos de afecto, sin embargo son los mismos que, no pueden atajar a las caricias de labor que se suspenden de la manquera del arado, o una gota de llovizna cuando una mañana, se detiene con el barzón o la coyunda en la plena labor arada.

Sin hacer profesión de fe sobre esto, a las palabras y a la conducta de los habitantes les hemos reconocido facultades de moral en toda nuestra región, y al efecto derecho de consagrarse particularmente con veracidad, aún en medio de la esfera colorada que nos inunda con su calor humano, con certidumbre, para lograr nuestro único objeto, hacer frente a la realidad que tenemos, los que nos decimos de nación campesina, cedemos paso a las palabras, para hacer frente a lo que significa entre nosotros el trabajo de jornal, para hacer frente como hermanos de clase y herederos de una apreciable fuerza trabajadora que, puede alentar la cooperativa de agricultores tierracalientanos.

Como hiciera sin embargo para que al fin y se nos deje la posibilidad de organizarnos como una gran familia, para que podamos vivir junto con este gusto de decir y que surge al cabo de cualquier tema que destaca en la conversación racionalizadora que nos identifica, con un punto de vista espontáneo que, no debe limitarnos a tratar de impresionar a los demás y de hacer que se interesen por nosotros, así jamás tendremos amigos verdaderos, así con la sombra de humedad y la brisa que se origina en los brincos de las aguas corrientes de los arroyos, que a nuestro lado transitan en el mismo compromiso de aportar todo lo que tienen suyo. Así con la elocuencia de la nubes, cómo hiciera para que un punto de vista más y para que aquello de alhalla esta tierra caliente, la que con su puerto bajo muy lucido, pudiera ser a lo mejor y la más bonita de todas en mi nación campesina.

Cómo hiciera para alcanzar el casi vuelo de las calandrias amarillas, y reconocer como se manifiesta en su oscuro escándalo la voz de su canto vivo. Cómo hiciera, en esta tierra que está hecha con trabajos de destajar y con lamentaciones que acaban con todos mis esquemas, tierra que hace a los caminos aquellos que sin proponérselo, nos hacen transitar dando tumbos por la vida, y equivocan a quienes tratan de forzar a los demás, a que se interesen en ellos, caminos que se quiebran en un sentido único, hacia donde también existen quienes prefieren tener una victoria técnica, agropecuaria, o la buena voluntad del contrincante político, sin entender que las dos cosas casi nunca se logran, Caminos que no acusan cual es el sendero real y final que otorgue licencia para tomar descanso, después de cabestrar entre los arbustos del bajial, o después, en el terreno de labor figurar olotera al hombro, como desgranador en esta tierra de llanuras trajinantes, de suelos blandos y formaciones calizas, donde al fin de cuentas el paso nuestro alcance caminos que no umbrosos, para que no ha lugar del extravío, más bien, caminos que nos conduzcan hacia aquellos por donde corté la flor oscura, creyendo que era de anona..., cómo hiciera para que, esta tierra de cordillera reducida, diseminada, renovada y pizarrosa, donde sus habitantes y sus árboles, sus plantas y sus animales, sus aguas y sus cielos, y todos los que en su atmósfera vivimos, no nos quedemos como arrimados y con el destino apollillado, junto a los garabatos y tarabillas como lastre en la temporada de lluvias.

Mientras esta tierra de luz se configura como un solo macizo montañoso, aquí de cerca nuestro, como que sucede algo, cuando a la sombra de los ilamos se anega, un tanto, como que se estigmatiza, como que delante de mí, surgen las ansias de desatar a los recuerdos, como que si abandonada una luz solamente diera un brinco, o desde los atajaderos sin trancas de la lopera, me despidiera; es en esa medianía donde como que reconozco que me encuentro solo, aún en medio de tantos seres vivos, como que ya basta, y que eso bien lo saben el erial, la pradera, la sabana y el terreno de labor, no más. Solo como siempre y sin comentarios, que estoy un poco fatigado de leer y escribir, y luego sin pretexto alguno, esta es tierra de los arroyos floridos y bonitos por ascendencia forestal, mi nunca muy bien ponderada tierra caliente, con necesidad de verte. ¡Te digo una vez más!... Cómo hiciera, cuando me encuentro sólo en mi casa, y ya no hablo más con nadie de aquel tema que cobra vida para: satisfacer luego deseos de sentirme importante y como estoy bien seguro, no consigo más que complicarme la existencia; como hiciera, a fin de que una luz, ahora más que nunca, con este temporal, preciso a esa luz reconocerle como amiga.

Pero, con todo y el esfuerzo que a diario realizamos los de Tierra Caliente no olvidamos a los que se han ido de nuestra región, aquellos conciudadanos que hoy venden su esfuerzo de trabajo en los campos agrícolas de los EU., enganchados como braceros, que son un factor económico de cuantía, que permite en la actualidad como lo permitió en el pasado, coadyuvar en el mantenimiento de los trabajos que dan vida y permanencia a los originarios de mi tierra caliente. Los signos de cambio sin embargo, que estos migrantes introducen, aún cuando hicieron posible el rescate y repoblamiento de la región de los suelos castaños, y que le han hecho algo así como renacer de la cálida depresión, y que inclusive dio auge al intercambio comercial y la migración golondrina, implícitas éstas, en una frecuencia de contactos con individuos participes de culturas distintas a la del grupo propio, trajo consigo aquello que casi no se ve y que lastima a la idiosincrasia de cultura del pueblo, la aculturación sin embargo, que, no sirve mas que para prejuiciar a las costumbres de trabajo, a los métodos sencillos de organizarse en el trabajo de jornal y en el quehacer de comunidad que lleva consigo el propósito de amistar entre los individuos, observando pues en la forma, buenas costumbres.

Mas no vine hasta aquí, de frente a usted para dolerme, porque eso, y aquello de ser lastre en la vida, es casi lo mismo, por el contrario, me congratulo de que por estos tiempos, solo con mi yunta orejana vivimos la mortificación que la siembra nos deja, porque en tanto dan comienzo las lluvias, ni el yugo guácimo, ni el timón serrano, el barzón o la tarabilla con la orejera del arado, se han hecho cargo de la surcada a la orilla de los mogotes, cerca del ahondamiento de la parcela.

Cómo hiciera sin embargo, para que en esta tierra erosiva, donde uno fácilmente sólo saludando se encuentra con los sones musicales: calentano y abajeño que en sus tonos, de melodía de colores melancólicos, y de otros tiempos festiva, aquella cadencia que entonaban los cantores de la tierra donde las aguas corrientes de los arroyos hacían su propia hondonada, armonía que ejecutada con la guitarra panzona y el violín ébano, adelantaba en cada topada un verso campirano; a juicio de ser entrador, trovador y de buen decir, es oportuno poder justificar con los buenos oficios de saludo, un hatajo de disparates en el zapateado, no le hace y los cantores del violento río de las Balsas, cuentan que tiempo hubo en que los inquisidores, prohibieron al son de la tamborita y tarima, aquel que, se entonaba con la guitarra panzona y el violín ébano, acompañado de la muy imprescindible melodía serrana. La misma que le cantaba a mi tierra en las noches en que la lluvia obligaba a un viento a refugiarse en los portales de la plaza, y se acomodaba respetuosa al lado de la concurrencia, para luego repetir con su voz de vihuela oscura, aquello que suele decirse cantando: “sol redondo y colorado, como una rueda de cobre”, “si piensas que estoy sentido, porque ausente de mi has estado, ausente de mi estarás, pero no de mi memoria”, “ausente te quiero más”.

Cuatro maneras de probarse con flechas de pedernales

Dice pues la historia que, tiempo hubo antes de que la Tierra Caliente se poblara, que todavía no tenía nombre y que a distancia, no muy lejos de aquí vivían los antecesores nuestros, en un pueblo al que vinieron primero y se extendieron con su señorío, y que de esta muy afamada historia calentana, hacían una muy notable fiesta, la llamada conmemoración de las flechas y en donde lucía desde su sitial, Curicaberi que, era el mismo dios del fuego, el mismo sol.

A esta deidad de barro cocido se la localiza todavía ahora en la oquedad de las yácatas, ídolo increado que está sentado y con las piernas cruzadas, y en una posición tal que, parece desde cualquier ángulo de que se le observe, que mira a los ojos. Más allá sin embargo, la historia terracalentana nos dice en aquellos lejanos tiempos, cuando se celebraba la fiesta de las flechas, era algo que trascendía en los pueblos que se organizaban a partir de ese evento, todos como uno solo mediante un concurso un tanto democrático, participaban, tan importante festividad era aquella de las flechas que, los habitantes de otros pueblos se acercaban como mensajeros para llevar paz y los mejores oficios de inclinación, al efecto de celebrar acuerdos de convivencia respetuosa e intercambios comerciales, a cambio y con el propósito de ser tomados en cuenta, se hacían presentes en el evento festivo de las flechas, llevando obsequios a los principales del

pueblo anfitrión, como los metales extraídos en la sierra sureña, aquellos donde por excelencia se hacía notar el cobre.

-¿A qué han venido hermanos? Los de aquel pueblo le decían a los mensajeros, en voz de su cacique. -Tus hermanos los de la sierra, nos envían a ti, y te traemos a esta señora que es nuestra hermana. Y contaron todo lo que le tenían que decir en aquel acto de primer encuentro, y respondió aquel: -Esto que dicen mis hermanos de la sierra está muy bien, aquí está la señora que trajeron, y esto que se me ha venido a decir, no me lo dicen a mí, se lo manifiestan a Curicaberi nuestro dios que está aquí, al cual le dijeron todo esto, que para él sean los metales, las piedras y demás ofrendas, y después me las harán llegar a mí. Siéntense ahora y les darán de abastecimiento y provisión.

Y en tanto les dieron de comer, introdujeron a la señora y, después de haber almorzado, pidieron licencia los mensajeros y dijeron: -Señor, ya hemos comido, danos licencia que nos queremos ir de regreso. El señor cacique respondió: -Esperen un momento. Mandó traer mantas, miel y pieles y antes de despedirlos les dijo: -Una cosa les quiero decir, que digan a sus señores y hermanos todos, y es que ya lo saben, como mi pueblo y Yo, andamos en los montes trayendo leña para los cúes, y hago flechas y ando en el campo y en las barrancas para dar a conocer al sol y a las tres partes del mundo y a la madre tierra, que con los venados que flechamos Yo, hago honor y entrego mis esperanzas de confianza y hago pareceres porque halla siempre una convivencia entre nosotros buena en la paz y en el trabajo que nos ayude, que Yo ofrezco para agradar a los dioses celestes con pulque y después bebemos nosotros en su nombre, y sucede algunas veces que flechamos algunos venados sobre la tarde y les seguimos, y así les dejamos por ser de noche, que le ponemos alguna señal para no perder el rastro y atamos algunos bejucos.

-Cúidense de no tomar aquellos venados que Yo he flechado, porque yo no los tomo para mí, más que para darle de comer a los dioses.

-Júntense todos y avísense unos a otros de esto que les digo, y miren que no me lo tomen a mal, no se lleven a los venados, porque sobre esto hemos de tener rencillas y reñiremos sin duda.

-No lleguen hasta ellos, mas en topando algún venado herido, cúbralo con algunas ramas.

Y antes de despedirlos les dijo: -Las mantas, la miel y las pieles, tómenlas en cuenta para que les ataje el frío.

Pasado algún tiempo, de aquella señora y el cacique nació un hijo llamado Sicuirancha, y yendo un día a cazar, el cacique flechó a un venado, mas éste solo fue herido, y como ya era de noche lo siguió y ató unos bejucos por señal y regresó a su casa, y siguió a la mañana aparejando sus utensilios y aljaba para continuar la búsqueda del venado herido, por el rastro se sabía, y eran las mañanas de un abril cuando unas mujeres de otro pueblo le vieron a un venado que estaba muerto en una vuelta de la llanura, y las mujeres dijeron: -¡Anden acá, vamos que está un venado muerto!, se lo hicieron saber a su cacique, y como aquel que salió a cazar anduviese tras el rastro de sus venado, por el rastro y unas aves rapaces que andaban en torno, se dio cuenta, y así llegó de improviso, que estaba todo aquel lugar ensangrentado y que éste dijo: -¿Qué ha pasado, por qué se han llevado el venado, aquí cayó, dónde se lo llevaron?, y siguió el rastro hasta donde lo estaban desollando, y que no lo sabían destazar, que le hacían pedazos la piel, que la picaban con unas piedras filosas y la hacían a jirones trizas, y que en llegando les dijo: -¿Qué han hecho cuñados?, ¿qué ya se les olvidó lo que les avisé, que no tocasen a los venados que con mi pueblo Yo flechara?. Y que no desgarraran su piel porque las curtimos y ablandamos y envolvemos en ellas a nuestro dios Curicaberi.

Respondieron los otros señores: ¿Qué quieres decir Señor?, ¿cómo? ¿No tenemos nosotros también arcos y flechas y las traemos con nosotros para matar venados? Aquel Señor les contestó: -¿Qué quieren decir? -Aquí están mis flechas, que yo las conozco. Y llegó hasta el venado y que le sacó una flecha que tenía en el cuerpo, y les dijo: -¡Miren esta flecha que yo la

hice!., Y los otros señores, enojándose de oír aquello, le empujaron y dieron con él en el suelo, y como aquel quien era guerrero jaguar, sacó una flecha de su aljaba, armó su arco y tirósele a un cuñado suyo e hirióle y luego a otro y se regresó a su casa. Y su mujer le saludó y que le dijo: Seas pues bienvenido, Señor padre de Sicuirancha. Y él, asimismo, la saludó y le dijo: Toma tu hato, y vete a tu casa, con tus hermanos, mas no te lleves a mi hijo Sicuirancha, que Yo le tengo que llevar conmigo, que me quiero mudar a la región cercana al valle de las aguas que corren violentamente, y que me llevaré a Curicaberi también; vete a tu casa. Su mujer con mucha pena pero sin llanto en los ojos le respondió: ¿Qué dices Señor?, ¿por qué me tengo que ir?

-Porque con mis flechas he herido de muerte a tus hermanos.- ¿Qué dices?, ¿por qué les has herido de muerte?, ¿qué te hicieron? ¿Qué me habían de hacer?, no fue más que sustrajeron a un venado que ya les había avisado, que no tocaran a los venados que Yo flechase. Sube a la troje y saca a Curicaberi, que le quiero llevar en su nicho; mas, pensándolo bien, contigo me tengo que ir, ¿cómo no se hará hombre mi hijo Sicuirancha sin su madre a su lado?- Si, anda acá, vámonos, y sacando el arca donde estaba Curicaberi, se la anudó y echósele a sus espaldas. Y casi al mismo tiempo, su mujer tomó a su hijo a cuestras y así partieron de cuesta arriba y luego como caminando despacito y bajando montes, como en llegando hasta quien sabe donde se encumbran las polvaredas, por la tierra de suelos los castaños.

Y pues como aquel Señor con su pueblo llegase hasta un lugar un poco más allá de quince leguas de aquellos pueblos de la sierra muy mentados, no sé cómo decirte, aquí es la tierra de los vientos azules, no sé cómo explicarte, que aquí ya no importa más, las nubes también caminan de cuesta arriba, lo que Yo siento es que, la luna me dice una cosa, las estrellas me dicen otra y tu cielo no me dice nada...

La historia nos dice que, pasándose los días de abril, cuando Sicuirancha, hijo de cacique, que era ya hombre, llegó a reconocer con estoicismo, por su importancia de lo sucedido, el tiempo en que aquellos cuñados de su padre, acordándose de la supuesta injuria recibida, tomaron éstos pues un collar de oro y unos plumajes verdes y se los trajeron al Señor de un pueblo muy mentado y proclive a hacer las guerras emboscadas, y le pidieron ayuda para ir en contra del Señor de la Tierra de los Suelos Castaños, y juntándose los cuñados con los de la Ciénega marcharon haciendo un escuadrón, y en un amaneciendo estaban todos en celada, cerca de un aguaje que estaba a la orilla de aquel primer pueblo ubicado en la Tierra Caliente, pusieron una señal de guerra, y como fuese muy de mañana, la señora madre de Sicuirancha fue por un cántaro de agua, la mujer y sus hermanos se saludaron en su lengua serrana, éstos le dijeron: -¿Eres tú la madre de Sicuirancha?. Respondió ella. -Soy Yo, ¿quiénes son ustedes que lo preguntan?. Dijeron ellos: nosotros somos tus hermanos, ¿qué es de tu marido?, respondió ella: en casa está, ¿por qué lo preguntan?, - Venimos a probarnos con él, porque flechó a nuestros hermanos; y la mujer como oyó aquello, empezó a llorar muy quedo y arrojó allí el cántaro y se fue entonces a su casa llorando, parece que aquel cántaro hecho tepalcates fue la señal de guerra; su marido le preguntó: ¿Quién te ha hecho mal, madre de Sicuirancha, por qué vienes llorando?. Ella le respondió: Vienen mis hermanos y los de la Ciénega. ¿A qué vienen? -Dicen que a probarse contigo porque flechaste a sus hermanos. Dijo él: Bien está, que vengan y probarán mis flechas, las que tienen los pedernales negros y las que tienen los pedernales blancos y colorados y amarillos. -Estas cuatro maneras tengo de flechas, probarán una de estas al menos, a ver a que les saben y yo también probaré sus varas que pelean, a ver a que saben.

En seguida y como quisieran entrar todos con su señal de guerra por una puerta, taparon aquella entrada, mientras aquel señor armaba su arco y tiraba de dos en dos las flechas y en tanto enclavaba a uno, y la otra pasaba delante de otro, y flechó a muchos y mató a los que estaban allí tendidos, y siendo ya medio día, acabó las flechas, no tenía con que tirar y traía su arco al hombro y les pegaba de palos con él, y ellos arremetieron todos en un tiempo, enclavándole con aquellas varas y le sacaron de su casa y le arrastraron muerto y le prendieron fuego a su casa y se la quemaron, y tomaron a Curicaberi y se lo llevaron y se fueron como de huida, y que de los males el colmo, que no estaba allí Sicuirancha. Y que cuando éste vino de cazar en el monte, que constató lo que vio, preguntó a su madre y dijo:” ¡Ay madre!”, ¿quién ha hecho esto?, ¿quién

había de hacerlo hijo mío, sino tu tío y tu abuelo? Ellos son los que lo hicieron. Y dijo entonces Sicuirancha: bien, bien, ¿pues que es de Curicaberi, nuestro dios?, ¿se lo llevaron quizás?. - ¡Allá le llevan hijo!, respondió la mujer. Luego dijo él: bien está, quiero ir allá también, y que me maten no le hace, y que éste se fue tras ellos.

Aquellos iban dando voces y cuentan que Curicaberi les dio enfermedades a los que le llevaban, correnca, embriaguez y dolor de costado, que de esta manera Curicaberi suele vengar sus injurias, y como estas enfermedades les pegó con fuerza a los huidos, casi todos cayeron al suelo y que estaban todos como embriagados y verdinegros.

Y que Sicuirancha llegó hasta donde estaba Curicaberi, que estaba en su nicho al pie de un encino. Que abrió el arca y sacóle de la caja y dijo: Aquí está, y dijo, Sicuirancha, - vamos pronto de regreso, y se encaminó por otros senderos con su pueblo, que en bajando y de cuesta arriba, con su deidad a cuestras hasta Guayameo, y que fue Señor de allí de Guayameo que en tarasco se dice y quiere decir, lugar del valle, y que edificó allí en Guayameo un Cu, y que este Sicuirancha hizo las casas de los Tariácuri y construyó también los fogones y hacía traer leña para los fogones y hacía todo tipo de ofrendas y acataba las indicaciones que estimaba llevar a cabo por conducto y la lengua de los jilgueros, las guacamayas o las aves rapaces, les dejaba en custodia a Curicaberi con una confianza y disciplina de sobriedad y entendimiento tales que, en aquellos tiempos hasta con gusto se dejaban entrever sus rasgos topográficos de pueblo en la tierra que empezó a tener nombre, y desde entonces se le conoció como la región de la Tierra Caliente, y que este Sicuirancha dejó un hijo llamado Pauácume y que fue Señor allí, en el mismo Guayameo, pueblo tierra calentano y, como todos los otros pueblos se volvieron a juntar, se dijeron sus habitantes unos a otros en tratándose de Guayameo, "que toda es muy buena tierra caliente, donde hemos andado cazando, allí habíamos de tener nuestras casas", En realidad toda es una tierra tan bonita y apaciguada que, hasta nos dispensa la posibilidad de una plática con ella y permite que le digamos muy quedo: "Si piensas mi prietita chula que estoy sentido porque tienes un nuevo cielo..., ausente de mi estarás pero no de mi memoria, ausente te quiero más..., no te asombres si te digo que no puedo alcanzar mi suerte, eres trigueñita y bonita y pareces una rosita de Guerrero..., no sé cómo decirte, no sé cómo explicarte, que aquí ya no hay remedio, de lo que yo siento, la luna me dice una cosa, las estrellas me dicen otra, no sé como quererte, en esta noche tan oscura, el viento me sigue contando esta humilde historia..., esta humilde canción serrana, que no hace mas que mortificarme, en un sentimiento oscuro como el de la llovizna de esta noche.

Y que este Pauácume engendró a Uápeani y fue Señor después de la muerte de su padre Pauácume, y tuvo un hijo llamado Curátame, y fue allí Señor, en el mismo Guayameo del puerto bajo muy lucido donde... toda es muy buena tierra...donde habíamos allí de tener nuestras casas.

...Y que este Curátame murió, y fue enterrado al pie del Cu. Cuatro Señores fueron en Guayameo: Sicuirancha, Pauácume, Uápeani y Curátame y un solo ídolo de barro cocido, Curicaberi, el de las piernas cruzadas que se encuentra aún en su sitial, en la oquedad más oscura de las yácatas.

Que mucho ha ya que, se nos dice que en los pueblos sureños de la tierra caliente, los elementos de desajuste social introducidos no implicaron, sin embargo una desigualdad, pues teóricamente todos los miembros de la comunidad tenían acceso a la tierra de planes y desmontes. Cuando el liberalismo impuso formas distintas de propiedad, un sector de población quedó como usufructuario exclusivo de las tierras de los planes, y otro sector, el de los desposeídos, se vio obligado a disputarse las rápidamente agotables tierras de ticolol de los desmontes. En los lugares donde el equilibrio de fuerzas hizo posible la expulsión o extinción de los revolucionarios, donde se instituyeron comisariados que organizaron a los ejidos con las costumbres tradicionales. Con una realidad que traemos desde el siglo pasado, que los pueblos serranos de la tierra caliente reconocemos, especializados en el cultivo del maíz y secundariamente del trigo, con tierras de riego recuperadas para productores medianos y progresistas que hacen tangible la figura del movimiento agrario.

Sin embargo y con todos aún los eventos que tenemos como sector de ejidatarios que somos, aún cuando las resultantes políticas de lucha por la posesión de la tierra determinaron el éxito o el fracaso de nuestro ánimo por organizarnos en un movimiento agrario que, más o menos ha conseguido mantener un equilibrio de fuerzas, la mayoría de las veces encabezado por un árbitro no muy extraño al grupo- por lo común comerciante-, que ocupa la presidencia municipal. Pero sin embargo, como dije, hasta los aparceros, de frente a esta realidad que tenemos, por acá, con sonrisa un tanto liviana, andan desparramando el rún rún de hacer correr sus supuestas opiniones desinteresadas al respecto, porque en vez de ocuparse de sembrar el maíz híbrido en los guamiles, o a la estaca; se entretienen haciendo planes para esta época de lluvias, no digo que esto no sirva, todo es importante, pero las lluvias en estos tiempos ya las tenemos encima y ya es tiempo de sembrar, y si no, divise usted por la vereda de los árboles de la hoja morada, como que la llovizna de anoche parece haberse detenido allí con el paso de la tierra morenita clara y erosiva, que parece quebrar a los caminos. Pero no se detenga mucho a mirar, porque corre el riesgo de quedarse como engreído, es más fácil tratar con indiferencia al mundo que nos rodea, que el intentar dialogar, no se detenga pues, ni siquiera con el muy afamado rumbo del muy florido rumbo del ojo de agua.

Cómo hiciera para conciliar con trabajo de arado y azadón, ante los primeros aguaceros, y de frente a la señal del vuelo de las tórtolas que, no por nada por la medianía revolcada, ni ahora ni nunca ha de ser tarde, en tratándose de pensar y cuando uno nomás siente que se atorán las ansias a identificar entre el pajonal y el cometido de la libélula, o de plano cuando se le divisa, recordar nomás por así decirlo, con el sombrero bajo el brazo, al cauce que violenta el rumbo, al río Balsas le pasa seguido, también sabe que se va todos los días por ese ominoso sendero y que adquiere un azul turquesa que nunca se ha podido sustituir.

A la muy afamada por bonita, prietita y distinguida Tierra Caliente que de cierto le dio vida a la fuerza de dignidad por mantenerse erguida, de aquellos pueblos de nación campesina y religión astronómica, merece por siempre, que no solo por entendida, sino por afable, modesta y virtuosa, pueda considerársele muy estimada; o si no, que, a todos quienes hemos sentido el deseo de detener a esta mi prietita y erosiva tierra caliente, se nos demande entonces, a gritos el viento del encinal, por qué no nos hemos ocupado, preciso subrayarlo, de cuidar la topografía y su naturaleza, hábitat de aquella superficie escollera a la que no le ha dado tiempo aún de detenerse a conversar, para decirle después, muy quedo, -acompañame por el camino de mi casa, y quédate conmigo, así simplemente, para que juntos podamos andar nuestras vidas y no sentir tan recio esta jornada de todos los días, para que juntos presenciemos como al lino antiguo de los manteles se le acercan sin hacer ruido los años, y para que juntos cenemos; para que solo a la llegada del temporal surjan con hartos sentir las ganas del recuerdo, para que delante del entorno nuestro, se pueda decir con alegría, "que soy pues de nación campesina"... , ahora, con los trabajos de sementera y lluvias que pasamos, ya sólo me conformo con desatarte un recuerdo, no importa y que las ondas nubosas de esta época de lluvias se lo lleven, porque aunque no preciso considerarlo imprescindible, ojalá y el polvo de mi tierra caliente se quede atorado en el olvido apollado de las vigas y morillos a propósito, para que a fuerza de sol y sombra de este pueblo tierra calentano le pueda detener conmigo, al efecto, para que sus terrones desbalagados en la rosadera de sus suelos erosivos, nos puedan visitar. ¡Ésa es mi Tierra Caliente querida, la misma que, por estos tiempos adquiere un olor así como a majada!

Ahora no mas ante la fatiga de leer, manuscibir y reconocer que me encuentro solo en mi casa, huraño como siempre, asumo pues la posición que, única sin alternativa me grita no sé qué, a fin de declarar que, tal vez sea mejor así, que con esto y no digo más, de frente a los mezquiales que hacen cantar a los vientos, de frente a los horcones con sus imágenes añosas, de frente a mi tierra la que, con su hermosura ígnea se queda aislada, -¡ qué tendría de malo el viento conmigo, un cuartito para compartir contigo, para darle vida a esta costumbre inofensiva, la misma a la que de vez en vez suelo compartir solo con el olvido sinventura, costumbre que, lo mismo que las soleras que aguardan silenciosas en cada ángulo complejo de la troje, me han de permitir contarle, dándole cuerpo y vida a las frases hilvanadas con acentos entrecortados, sólo para no sentir el

temor que permanece vivo todos los días, de que tú estás a veces, y en otras, como que te alejas de plano sin decir adiós.

- Acompáñame por el camino de mi casa..., y quédate sin prisa, acompáñame prietita clara por ese rumbo nuestro, y quédate para siempre tierra bonita de los suelos que, erosivos e ígneos, adquieren ahora el atractivo y misterioso encanto de hacer propio el calor de un saludo.

- Yo no se tú, pero con estos aguaceros ya no nos queda ni tiempo para dar lugar a las palabras y su idioma castellana, pero como no está por demás y, como sin duda me anima esta tierra mía de suelos castaños, sin presunción, ¡qué me tenga cuidado la memoria de las nubes que cobijan a las montañas surianas de mi tierra, la memoria de este sol de cobre que me alumbra en las barrancas y escolleras de mi tierra, que me tenga cuidado la memoria de los arroyos que transitan con silenciosa certidumbre por encima de los macizos montañosos, que me tenga cuidado la memoria de las parcelas de mi tierra, que me tengan cuidado las memorias de todos los suelos tarascos, porque les puedo endilgar su historia!..., que con esto y no digo más, acompáñame tierra mía, por el rumbo de mi casa y quédate simplemente conmigo, acompáñame , no más... simplemente, nomás por nomás...

- No sé cómo explicarte, no se como decirte tierra mía que aquí, ya no importa lo que yo siento, ya te dije que la luna me dice una cosa, que las estrellas me dicen otra y que tu cielo no me dice nada, que tal vez no se decirte, no sé cómo quererte, pero ahora, en esta noche oscura que, el viento me sigue contando esta humilde historia que se antoja nuestra, como relato propio y recargado en tapices de güinumo limitados. Lo que quiero decirte lleva un acento muy quedo, si piensas lo mismo que yo, Tierra Caliente, de que, en estos momentos estoy sentido porque tienes el cielo de llovizna y yo no tengo mas que las estampas de tu erial, no te duelas más, no estoy sentido, me siento a gusto aquí, desde ese conjunto montañoso tuyo de alturas de relieve geográfico que presentan un carácter elevado de por sí; crees que ausente de mi estarás, pues así seguramente ha de ser, mas con tu cadena de montañas y no sólo, sino por la aproximación de tus placas litosferitas y al mismo tiempo alargadas, ausente de mi estarás pero no de mi memoria, por tus estribaciones geográficas no te asombres, te quiero harto, si después te digo que son la única razón por la que no puedo alcanzar mi suerte, es porque así ha sido desde siempre. Eres una pequeña región bonita y te pareces a una rosita ígnea de la sierra sureña de Guerrero. Por eso te persigo, por eso no te olvido.